EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS ESCOGIDAS,

POR

LOS MEJORES AUTORES.



MADRID.

Imprenta que fué de **Operarios**, calle del Factor núm 9.

à cargode D. F. R. del Castillo.

1852.

CATALOGO

de las obras Dramáticas representadas últimamente en los teat
esta corte, de la propiedad de la Galeria titulada:

EL TEATRO (1).

TITULOS DE LAS OBRAS.	ACTOS.	AUTORES.
La creacion ó el Diluvio Universal. (o)	4	Sres. Zorrilla.
¡Es un Angel! (o)	3	Suarez Brabo.
Trabajar por cuenta agena. (o)	3	Cazurro.
La Gloria del arte. (o)	3	Asquerinos.
Juan sin tierra. (o)	4	Diaz.
D. Sancho el Bravo. (o)	3	Asquerino (D. Eus.)
Para heridas las de honor. (o)	5	Galvez.
Mi mamá. (o)	1	Sierra.
El 5 de Agosto. (o)	4	Tamayo y Baus.
Los Amantes de Chinchon. (o)	1	Villergas, Príncipe, Larrañaga, Asquerino y Estrella.
Juan sin Pena. (o)	4	La Rosa.
El ensayo de una ópera. (z o)	1	Peral (música de Oudrid y Hernando.)
Un dómine como hay pocos. (o)	1	Peral.
Las Guerras civiles. (o)	3	Asquerinos.
Traidor, inconfeso y Martir. (o)	3	Zorrilla.
La banda de la Condesa. (o)	3	Cortijo y Valdés.
Nobleza contra Nobleza. (o)	4	García de Quevedo.
Un amor á la moda. (o)	1	Perez, Duro y Rivera.
Hacer cuenta sin la huéspeda. (o)	3	Perez Arenas.
La madre de San Fernando. (o)	4	Rosell.
Los amantes de Teruel. (r)	4	Hartzenbusch.
Un paje y un caballero. (o)	3	García de Quevedo.
D. Bernardo de Cabrera. (o)	4	García de Quevedo.
Una falta. (o)	3	Huici.
Las flores de D. Juan. (o)	5	Escosura.
Las Apariencias. (o)	3	Escosura.
Con razon y sin razon. (o)	3	La Rosa.
De audaces es la fortuna. (o)	2	Ramirez.
Lecciones de amor. (o)	3	Ramirez.
Llueven hijos. (o)	1	Bermejo.
Al mejor cazador. (o)	3	Bermejo.
Afectos de odio y amor. (o)	3	García Gutierrez.
Los instintos de Alarcon. (o)	1	La Rosa.
Arcanos del alma. (o) *primera parte.*	3	Asquerino. (D. Eus.)
La verdad en el espejo. (o)	3	Hurtado.
Negro y Blanco. (o)	1	Silbela y Barreras.
Entre bobos anda el juego. (r)	4	Asquerino (D. Eduar.)

(1) Las letras que van á continuacion del título de las obras, significan (a
g'ada, (o) original, (r) refundida y (z) zarzuela.

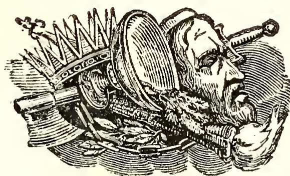
AMAR DESPUES DE LA MUERTE.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA,

REFUNDIDA POR

D. EDUARDO ASQUERINO.



MADRID.
Imprenta que fué de **Operarios**, à cargo de D. F. R. del Castillo,
calle del Factor, número 9.

1852.

PERSONAJES.

D. ALVARO TUZANI.
DOÑA ISABEL TUZANI.
D. JUAN MALEC, viejo.
DOÑA CLARA MALEC.
D. JUAN DE MENDOZA.
EL SEÑOR D. JUAN DE AUSTRIA.
D. FERNANDO DE VALOR.
D. LOPE DE FIGUEROA.
D. ALONSO DE ZUÑIGA, corregidor.
ALCUZCUZ, morisco.
CADI, morisco viejo.
BEATRIZ, criada.
INES, criada.
GARCES, soldado.
Moriscos, soldados, músicos.

ACTO PRIMERO.

Sala, puertas laterales y al fondo: una ventana.

ESCENA PRIMERA.

CLARA, BEATRIZ, CADI, ALCUZCUZ, *morisco.*

CADI. Ponte á la reja, Alcuzcuz,
y avisa si hácia esta casa
algun alguacil se acerca.

CLARA. Sí, que de cojeros tratan
en vuestras juntas, que como
el rey por edictos manda
que se veden, la justicia
viendo entrar en esta estancia
á tantos moriscos, puede
sospechar...

CADI. Oh! cuanto tarda
vuestro padre!

ALCUZ. Y que hoy es viernes,
y gana tener de zambra,
segun la usanza.

CLARA. Aqui os dijo
mi padre que le aguardarais,
hasta ver el resultado

de la junta.

ALCUZ. Elia ser larga.

CADI. Descuida, zambras haremos,
sin que esta gente cristiana,
entre quien vivimos hoy
presos en miseria tanta,
pueda reprender altiva
nuestras ceremonias.

ALCUZ. Que abran
la puerta, que se acercar
D. Juan Malec.

CADI. La tardanza
impacientes nos tenia.

ESCENA II.

DICHOS, D. JUAN MALEC.

MALEC. Venganza! amigos!

CLARA. Qué hablas?

CADI. Qué ocurre!

CLARA. Padre y señor!...

CADI. D. Juan, cuya sangre clara
de Malec, os pudo hacer
veinticuatro de Granada,
aunque de africano orígen,
vos de esta suerte?

CLARA. Qué pasa!

MALEC. Aqui me traen, hija, amigos,
arrastrando mis desgracias.

CADI. Acabad.

MALEC. Reportaos todos
del susto que el verme os causa.
Hoy entrando en el cabildo,
envió desde la sala
del rey Felipe segundo
el presidente una carta,
para que la ejecucion
de lo que por ella manda,
de la ciudad quede á cuenta:
abrióse, empezó en voz alta

á leerla el secretario
del cabildo; y todas cuantas
instrucciones contenia,
todas eran ordenadas
en vuestro agravio: pues eran
algunas de las pasadas,
y otras nuevas, que venian
escritas con mas instancia,
en razon de que ninguno
de la nacion africana,
que hoy es caduca ceniza
de aquella invencible llama,
en que ardió España, pudiese
tener fiestas, hacer zambras,
vestir sedas, verse en baños,
ni oirse en alguna casa
hablar en su algaravía,
sino en lengua castellana.
Yo, que por el mas antiguo,
el primero me tocaba
hablar, dije, que aunque era
ley justa y prevencion santa
ir haciendo poco á poco
de la costumbre africana
olvido, no era razon
que fuese con furia tanta;
y asi, que se procediese
en el caso con templanza,
porque la violencia sobra,
donde la costumbre falta.
D. Juan, D. Juan de Mendoza,
deudo de la ilustre casa
del gran marqués de Mondejar,
dijo entonces: D. Juan habla
apasionado, porque
naturaleza le llama
á que mire por los suyos;
y asi remite y dilata
el castigo á los moriscos,
gente vil, y humilde y baja.
Señor D. Juan de Mendoza,
dije, cuando estuvo España

en la opresion de los moros
cautiva en su propia patria,
los cristianos, que mezclados
con los árabes estaban,
que hoy mozárabes se dicen,
no se ofenden, no se infaman
de haberlo estado, porque
mas se engrandece y ensalza
la fortuna al padecerla
á veces, que al dominarla.
Y en cuanto á que son humildes,
gente abatida y esclava,
los que fueron caballeros
moros, no debieron nada
á caballeros cristianos,
el dia que con el agua
del bautismo recibieron
su fé católica y santa;
mayormente los que tienen,
como yo, de reyes tanta.
Sí, pero de reyes moros,
dijo. Como si dejára
de ser real, le respondí,
por mora, siendo cristiana
la de Valores, Zegríes,
de Venegas y Granadas.
De una palabra á otra, en fin,
como entramos sin espadas,
unos y otros se empeñaron:
mal haya ocasion, mal haya,
sin espadas y con lenguas,
que son las peores armas,
pues una herida mejor
se cura que una palabra:
alguna acaso le dije,
que obligase á su arrogancia
á que, aqui tiemblo al decirlo,
tomándome, pena estraña!
el báculo de las manos,
con él... pero hasta esto basta,
que hay cosas que cuesta mas
el decirlas, que el pasarlas.

Este agravio, que en defensa;
esta ofensa, que en demanda
vuestra á mí me ha sucedido,
á todos juntos alcanza:
pues no tengo un hijo yo,
que desagravie mis canas,
sino una hija, consuelo
que aflije mas, que descansa.
Ea, valientes moriscos,
noble reliquia africana,
los cristianos solamente
haceros esclavos tratan.
La Alpujarra, aquesa sierra,
que al sol la cerviz levanta,
y que poblada de villas,
es mar de peñas y plantas,
adonde sus poblaciones
ondas navegan de plata,
por quien nombres las pusieron
de Galera, Berja y Gavia:
toda es nuestra, retiremos
á ella bastimentos y armas.
Elegid una cabeza
de la antigua estirpe clara
de vuestros Abenhumeyas,
pues hay en Castilla tantas:
y haceos señores de esclavos,
que yo, á costa de mis ansias,
iré persuadiendo á todos,
que es bajeza, que es infamia
que á todos toque mi agravio,
y no á todos mi venganza.

CADI. Yo por el hecho que intentas,
ofrezco mi vida y alma.

MOR. 1.º Y yo mi hacienda y mi vida.

MOR. 2.º Yo cuanto soy, cuanto valga.

CADI. Todos decimos lo mismo.

MORISCA. Y yo en el nombre de cuantas
moriscas Granada tiene,
ofrezco joyas y galas.

MALEC. Cadí, la ciudad recorre
y con sigilo, levanta

los ánimos. Tú reunes (*Al morisco 1.º*)
cuantos puedas en la plaza,
y aguardad mi aviso.

CADI. Vamos.

MALEC. Justicia, amigos!

TODOS. Venganza. (*Con voz reprimida.*)

ALCUZ. Me, que solo tener una
tendecilia en Bevarrambla,
de azeite, vinagre, é xigos,
nuezes, almendras, é pasas,
cebolias, ajos, pimentos,
cintas, escobas de palma,
xilo, agujas, faldriqueras,
con papel blanco é de estraza,
alcamonios, agujetas
de perro, tabaco, varas,
caniones para hacer plumas,
estios para cerrar cartas,
ofrecer llevarla á cuestas,
con todas sus zarandajas;
porque me he de ver, si llegan
á colmo mis esperanzas,
de todos los Alcuzcuzes
marqués, conde ó duque.

BEATRIZ. Eh! marcha.

ESCENA III.

CLARA *y* BEATRIZ.

CLARA. Déjame, Beatriz, llorar
en tantas penas y enojos,
débanles algo á mis ojos
mi desdicha y mi pesar:
ya que no puedo matar
á quien llegó á deslucir
mi honor, déjame sentir
las afrentas que le heredo,
pues ya que matar no puedo,
pueda á lo menos morir.
Qué baja naturaleza

con nosotras se mostró,
pues cuando mucho, nos dió
un ingenio, una belleza,
adonde el honor tropieza!
mas no donde pueda estar
seguro; que mas pesar,
si á padre y marido vemos
que quitar su honor, podemos,
y no le podemos dar?
Si hubiera varon nacido,
Granada y el mundo viera
hoy, si con un jóven era
tan soberbio y atravido
el Mendoza, como ha sido
con un viejo; y por hacer
estoy, que llegue á entender,
que no por mujer le dejo,
pues quien riñó con un viejo,
podrá con una mujer.
Pero es loca mi esperanza,
esto es solamente hablar:
ó si pudiera llegar
á mis manos mi venganza!
y mayor pena me alcanza
verme, ay infelice! asi,
porque en un dia perdí,
padre y esposo; pues ya
por mujer no me querrá
D. Alvaro Tuzaní.

ESCENA IV.

Clara, Beatriz, D. Alvaro.

Alvaro. Por mal agüero he tenido,
cuando ya en nada repara
mi amor, haber, bella Clara,
mi nombre en tu boca oido:
porque si la voz ha sido
eco del pecho, sospecho
que él, que en lágrimas deshecho

está, sus penas dirá;
luego soy tu pena ya,
pues que me arrojas del pecho.

CLARA. No puedo negar que llena
de penas el alma esté,
y andas tú en ellas, porque
no eres tú mi menor pena:
de tí el cielo me enagena,
mira si eres la mayor,
porque es tan grande mi amor,
que tu mujer no he de ser,
porque no tengas mujer
tú de un padre sin honor.

ALVARO. Clara, no quiero acordarte
cuanto respeto he tenido
á tu amor, y cuanto ha sido
mi respeto en adorarte:
solo quiero en esta parte
disculparme de que asi
haya entrado hoy hasta aqui,
antes de haberte vengado,
porque haberlo dilatado
es lo mas que hago por tí.
Que aunque en las leyes del duelo
con mujer no se ha de hablar,
y aunque puedo consolar
tu pena y tu desconsuelo,
con decir á tu desvelo
que no llore y que no sienta,
porque la accion que se intenta
sin espada, mayormente
cuando hay justicia presente,
ni agravia, ofende ni afrenta.
De uno ni otro me aprovecho,
mas de otra disculpa sí,
y es decir que me entré aqui,
antes de haber satisfecho,
pasando á Mendoza el pecho,
á tu padre, accion ha sido
cuerda, porque recibido
esta que no se vengó
bien del ofensor, si no

le dió muerte el ofendido:
si no es que su hijo sea,
ó sea su hermano menor;
y asi, para que su honor
hoy imposible no vea
la venganza que desea,
una fineza he de hacer,
que es pedirte por mujer
á D. Juan: y asi colijo,
que en siendo una vez su hijo,
le podré satisfacer.
Solo á esto, Clara, he venido;
y si me tuvo hasta aqui
cobarde en pedirte asi,
haber tan pobre nacido:
hoy que esto le ha sucedido,
solo le pida mi labio
su agravio en dote, y es sabio
acuerdo dármelo, pues
ya sabe el mundo que es
dote de un pobre un agravio.

CLARA. Ni yo, D. Alvaro, espero,
acordarte cuanto lloro,
la verdad con que te adoro,
y la fé con que te quiero:
no intento decir que muero
hoy dos veces ofendida,
no que á tu aficion rendida,
no que en amorosa calma
eres vida de mi alma,
y eres alma de mi vida.
Que solo dar á entender
quiero en confusion tan brava,
que quien fuera ayer tu esclava,
hoy no será tu mujer:
porque si cobarde ayer
no me pediste y hoy sí,
no quiero yo que de tí,
murmurando el tiempo, arguya
que para ser mujer tuya,
hubo que suplir en mí.
Rica y honrada pensé

yo, que aun no te merecia;
mas como era dicha mia,
solamente lo dudé:
mira cómo hoy te daré,
en vez de favor, castigo;
haciendo al mundo testigo,
que fue menester, señor,
que me hallases sin honor
para casarte conmigo.

ALVARO. Yo lo intento por vengarte.
CLARA. Yo lo escuso por temerte.
ALVARO. Esto, Clara, no es quererte?
CLARA. No es esto, Alvaro, estimarte?
ALVARO. No has de poder escusarte.
CLARA. Darme la muerte podré.
ALVARO. Que yo á D. Juan le diré
mi amor.
CLARA. Diré que es error.
ALVARO. Y eso es lealtad?
CLARA. Es honor?
ALVARO. Y eso es fineza?
CLARA. Esto es fé,
pues á los cielos les juro
de no ser de otro mujer,
como mi honor llegue á ver
de toda escepcion seguro:
solo esto lograr procuro.
ALVARO. Qué importa? Si...
BEATRIZ. Mi señor
sube por el corredor
con mucho acompañamiento.
CLARA. Retírate á este aposento.
ALVARO. Qué desdicha! (*Vase.*)
CLARA. Qué rigor!

ESCENA V.

DICHAS, D. ALONSO DE ZUÑIGA, D. FERNANDO DE VALOR y D. JUAN MALEC.

MALEC. Clara?
CLARA. Señor?
MALEC. Ay de mí!
con cuanta pena te encuentro!
Entrate, Clara, allá dentro.
CLARA. Qué es esto?
MALEC. Oye desde ahí.
(*Retirase al paño Clara.*)
CORREG. D. Juan de Mendoza preso
queda en el Alhambra ya;
y asi, preciso será,
en tanto que este suceso
se compone, que lo esteis
vos en vuestra casa.
MALEC. Acepto
la carceleria, y prometo
guardarla.
FERN. No lo estareis
mucho, que pues me ha dejado
el señor corregidor
porque en el duelo de honor
nunca la justicia ha entrado,
á mí hacer las amistades,
yo las haré, procurando
el fin.
CORREG. Señor D. Fernando
de Valor, con dos verdades
se sanee una malicia;
pues que no hay agravio, es ley,
ni en el palacio del rey,
ni en tribunal de justicia;
todos lo somos allí,
y allí no le puede haber.
FERN. El medio, pues, ha de ser
este.

ALVARO. Oyeslo todo?
CLARA. Sí.
FERN. Que en este caso no hay medio
que le sanee mejor:
escuchadme.
MALEC. Hay del honor
que se cura con remedio!
FERN. D. Juan de Mendoza es
tan bizarro caballero,
como ilustre, está soltero,
y D. Juan de Malec, pues,
en quien sangre ilustre dura
de los reyes de Granada,
tiene una hija celebrada
por su ingenio y su hermosura:
á nadie toca tomar,
si satisfaccion desea,
la causa, sino á quien sea
su yerno, pues con casar
á D. Juan con Doña Clara,
estará cierto.
ALVARO. Ay de mí!
FERN. Que no pudiendo por sí
vengarse la ofensa rara,
pues habiendo un tiempo sido
interesado en su honor,
como tercero, ofensor;
y como su hijo, ofendido;
en no teniendo de quien
estar ofendido pueda,
por la misma razon queda
seguro: D. Juan tambien,
no habiendo de darse muerte
á sí mismo, en tanto abismo,
vendrá á tener en sí mismo
su mismo agravio; de suerte,
que no pudiendo agraviarse
un hombre á sí, haciendo sabio
dueño á D. Juan del agravio,
no tiene de quien vengarse,
y queda limpio el honor
de los dos, pues en efecto

no caben en un sugeto
ofendido y ofensor.

ALVARO. Yo responderé.

CLARA. Detente,
no me destruyas, por Dios.

CORREG. Eso está bien á los dos.

MALEC. Hay mayor inconveniente,
pues toda nuestra esperanza,
que Clara deshaga entiendo.

CLARA. El cielo me va trayendo
á las manos la venganza.

MALEC. Que mi hija, no sabré
si hombre que aborreció ya
con tanta ocasion, querrá
por marido.

ESCENA VI.

DICHOS *y* CLARA.

CLARA. Si querré,
que importa menos, señor,
si aqui tu opinion estriva,
que yo sin contento viva,
que vivir tú sin honor:
porque si fuera tu hijo,
la ira me estaba llamando;
bien muriendo, ó bien matando;
y siendo tu hija, colijo
que en el modo que pudiere
te debo satisfacer:
y asi, seré su mujer.
De cuyo efecto se infiere,
que estoy tu fama buscando,
que estoy tu honor defendiendo,
y pues no puedo matando,
quiero vengarte muriendo.

CORREG. Vuestro ingenio solo pudo
en un concepto cifrar
conclusion tan singular.

FERN. Y ya el efecto no dudo:
escríbase en un papel
esto que aqui se trató,
para que le lleve yo.
CORREG. Ambos iremos con él.
FERN. Imagino que es mejor
hacerle venir aquí,
si vos... *(A Malec.)*
MALEC. No hay duda por mí.
CORREG. Yo iré por él.
ALVARO. Triste amor! *(Ap.)*
MALEC. Quiero usar de aqueste medio,
mientras empieza el motin. *(Ap.)*
FERN. Todo esto tendrá buen fin,
pues estoy yo de por medio. *(Vanse los tres.)*
CLARA. Ahora que á un aposento
se han retirado á escribir,
podrás, Alvaro, salir.

ESCENA VII.

D. ALVARO *y* CLARA.

ALVARO. Sí haré, sí haré, y con intento
de no volver á ver mas
alma tan mudable en pecho
tan noble; y el no haber hecho,
cuando la muerte me das,
un notable estremo aqui,
no fue respeto, no fue
temor, gusto sí, porque
mujer tan baja...
CLARA. Ay de mí!
ALVARO. Que á un tiempo, con vil intento.
fé injusta, estilo liviano,
ofrece á un hombre la mano,
y á otro tiene en su aposento;
no me está bien que se diga,
que nunca la quise bien.
CLARA. La voz, Alvaro, deten,
á que un engaño te obliga,

que yo te satisfaré
con el tiempo.

ALVARO. Estas no son
cosas de satisfaccion.

CLARA. Podrán serlo.

ALVARO. No escuché
yo que la mano darias
hoy al de Mendoza?

CLARA. Sí,
pero no sabes de mí
el fin de las ansias mias.

ALVARO. Qué fin? Darme muerte; advierte,
si hay disculpa que te cuadre,
pues él agravió á tu padre,
y á mí me ha dado la muerte.

CLARA. El tiempo, Alvaro, podrá
desengañarte algun dia,
que es constante la fé mia,
y que esta mudanza está
tan de tu parte.

ALVARO. Quien vió
tan sutil engaño? Dí,
no le das la mano?

CLARA. Sí.

ALVARO. No has de ser su mujer?

CLARA. No.

ALVARO. Pues que medio puede haber...

CLARA. No me preguntes en vano.

ALVARO. Clara, entre darle la mano,
y entre no ser su mujer?

CLARA. Darle la mano, quizá
será traerle á mis brazos,
con que le he de hacer pedazos.
Estás satisfecho ya?

ALVARO. No, que si él muere en tus lazos,
dejará, ay Dios! al morir
muy desvalido el vivir,
porque son, Clara, tus brazos
para verdugos muy bellos:
pero antes que, ya que sea
ese tu intento, él se vea,
ni aun para morir en ellos,

curaré de mis desvelos
yo con su muerte el rigor.
CLARA. Eso es amor?
ALVARO. Es honor.
CLARA. Esa es fineza?
ALVARO. Son zelos.
CLARA. Mira, mi padre escribió,
quién detenerte pudiera!
ALVARO. Qué poco menester fuera
para detenerme yo!

ESCENA VIII.

CORREGIDOR, D. JUAN DE MENDOZA *y* GARCES.

CORREG. Aqui esperad un rato,
mientras con ellos la manera trato
de dar cumplido fin á este disgusto.
MENDOZ. No direis, pues me ajusto
á cuanto vos quereis, y hasta aqui vengo
que ira en el alma ni rencores tengo.
(*Entrase el corregidor en la estancia de Malec.*)
Nunca en razon la cólera consiste.

ESCENA IX.

MENDOZA *y* GARCES.

GARCES. No te disculpes, que muy bien hiciste
en ponerle la mano,
que no por viejo, el que es nuevo cristiano,
piense que inmunidad el serlo goza
de atreverse á un Gonzalez de Mendoza.
MENDOZ. Ay mil hombres, que en fé de sus estados,
son soberbios, altivos y arrojados.
GARCES. Para aquestos traia el Condestable
D. Iñigo, el acuerdo era admirable,
en la cinta una espada,
y otra que le servia de cayada:
preguntándole un dia,

que dos espadas á qué fin traia?
dijo: la de la cinta se prefiere
para aquel que en la cinta la trajere;
estotra, que de palo me ha servido,
para quien no la trae y es atrevido.

MENDOZ. Muy bien mostró deber los caballeros
traer para dos acciones dos aceros;
ya que el triunfo ha salido
de espadas, dame aquesa que has traido,
porque á cualquier suceso,
no me halle sin espada, aunque esté preso.

GARCES. Yo me agradezco haber la vuelta dado
hoy á tu casa en tiempo que á tu lado
puedo servirte, si enemigos tienes.

MENDOZ. Y cómo de Lepanto, Garcés, vienes?

GARCES. Como quien ha tenido
fortuna de haber sido
en ocasion soldado,
que haya en faccion tan grande militado,
debajo de la mano, y disciplina
del hijo de aquel águila divina,
que, en vuelo infatigable y sin segundo,
debajo de sus alas tuvo el mundo.

MENDOZ. Cómo el señor D. Juan llegó?

GARCES. Contento
de la empresa.

MENDOZ. Fue grande?

GARCES. Escucha atento:
como la liga...

MENDOZ. Detente, porque ha entrado
tapada una mujer.

GARCES. Soy desdichado,
pues aquinela puesto de romance,
me entra figura, con que pierdo el lance.

ESCENA X.

DICHOS, DOÑA ISABEL.

ISABEL. Señor D. Juan de Mendoza,
podrá una mujer, que viene

á veros en esta casa,
saber de vos solamente,
cómo en la prision os va?

MENDOZ. Pues por qué no? Garcés, vete.

GARCES. Mira señor, que no sea...

MENDOZ. En vano dudas y temes,
que ya el habla he conocido.

GARCES. Por eso me voy. (*Vase.*)

ESCENA XI.

ISABEL *y* MENDOZA.

MENDOZ. Bien puedes.
En igual duda los ojos,
y los oidos me tienen,
porque de los dos no sé
cual dijo verdad, ó miente:
porque si á los ojos creo,
no pareces tú lo que eres;
y si creo á los oidos,
no eres tú lo que pareces.
Merezca, pues, ver corrida
la sutil nube aparente
del negro cendal, porque
si una vez la luz la vence,
digan mis ojos y oidos,
que hoy amaneció dos veces.

ISABEL. Por no obligaros, D. Juan,
á que dudeis mas quien puede
ser quien os busca, es razon
descubrirme, que no quieren
mis zelos que adivineis,
á quien la fineza deben:
yo soy...

MENDOZ. Isabel, señora,
tú en esta casa, y tú en este
traje fuera de la tuya?
tú á buscarme desta suerte?
Cómo era posible, cómo,
que vanas dichas creyese?

Luego fue fuerza dudarlas.
ISABEL. Apenas cuanto sucede
supe, y que aqui te traian,
cuando mi amor no consiente
mas dilacion en buscarte;
y antes que á casa volviese
D. Alvaro Tuzani,
mi hermano, he venido á verte,
con una criada sola,
mira ya lo que me debes,
que á la puerta dejo.
MENDOZ. Pueden
hoy con aquesta fineza,
Isabel, desvanecerse
las desdichas, pues por ellas...

ESCENA XII.

DICHOS, INES.

INES. Ay señora!
ISABEL. Inés, qué tienes?
INES. D. Alvaro, mi señor,
viene aqui.
ISABEL. Si conocerme
pudo, aunque tan disfrazada
vine?
MENDOZ. Qué lance tan fuerte!
ISABEL. Si me siguió, yo soy muerta.
MENDOZ. Si estás conmigo, que temes?
éntrate en aquesa sala,
y cierra, que aunque no fuere
mi casa, no te hallará,
si antes no me da la muerte.
(*Escóndense las dos.*)
ISABEL. En grande peligro estoy,
valedme, cielos, valedme.

ESCENA XIII.

D. JUAN, D. ALVARO.

ALVARO. Señor D. Juan de Mendoza,
hablar con vos me conviene
á solas.
MENDOZ. Pues solo estoy.
ISABEL. Qué descolorido viene!
ALVARO. Pues cerraré aquesa puerta.
MENDOZ. Cerradla, buen lance es este.
ALVARO. Ya, pues, que cerrada está,
escuchadme atentamente.
En una conversacion
supe ahora, como vienen
á buscaros...
MENDOZ. Es verdad.
ALVARO. A aquesta casa.
MENDOZ. Y no os mienten.
ALVARO. Quien con el alma y la vida,
en aquesta accion me ofende.
ISABEL. Qué mas se ha de declarar?
MENDOZ. Cielos, ya no hay quien espere.
ALVARO. Y asi he querido llegar,
antes que los otros lleguen,
queriendo efectuar con esto
amistades imprudentes,
en defensa de mi honor.
MENDOZ. Eso mi ingenio no entiende.
ALVARO. Pues yo me declararé.
ISABEL. Otra vez mi pecho aliente,
que no soy yo la que busca.
ALVARO. El corregidor pretende,
con D. Fernando de Valor,
de D. Juan Malec pariente,
hacer estas amistades,
y á mí solo me compete
estorbarlas; la razon,
aunque muchas darse pueden,

yo dárosla á vos no quiero;
y en fin, sea lo que fuere,
yo vengo á saber de vos,
por capricho solamente,
si es valiente con un jóven,
quien con un viejo es valiente;
y en efecto, vengo solo
á darme con vos la muerte.

MENDOZ. Merced me hubiérades hecho
en decirme brevemente
lo que pretendeis, porque
juzgué, confuso mil veces,
que era otra la ocasion
de mas cuidado, porque ese
no es cuidado para mí.
Y puesto que no se debe
rehusar reñir con cualquiera,
que reñir conmigo quiere,
antes que esas amistades,
que decís que tratan, lleguen,
y que os importa estorbarlas,
por la ocasion que quisiéreis;
sacad la espada.

ALVARO. A eso vengo,
que me importa daros muerte
mas presto que vos pensais.

MENDOZ. Aunque buen campo no es este,
pues vendrán pronto.

ALVARO. Mas pronto
hais de morir. (*Riñen.*)

ISABEL. Hados crueles! (*Ap.*)
De una confusion en otra
mas desdichas me suceden:
quién á su amante y su hermano
vió reñir, sin que pudiese
estorbarlo?

MENDOZ. Qué valor!

ALVARO. Qué destreza!

ISABEL. Qué he de hacerme,
que veo jugar á dos,
y deseo entrambas suertes,
porque van ambos por mi,

si me ganan ó me pierden?

(Como tropezando en una silla, cae D. Alvaro, sale Doña Isabel tapada y detiene á D. Juan.)

ALVARO. Tropezando en esta silla,
he caido.

ISABEL. D. Juan, tente!
Pero qué hago? el afecto
me arrebató desta suerte. *(Retírase.)*

ALVARO. Mal hicisteis en callarme
que estaba aqui dentro gente.

MENDOZ. Si á daros la vida estaba,
no os quejeis, que mas parece,
que estar conmigo, reñir
con dos, si á ampararos viene;
aunque hizo mal, porque yo
de caballero las leyes
sé tambien, que habiendo visto
que el caer es accidente,
os dejara levantar.

ALVARO. Ya tengo que agradecerle
dos cosas á aquesa dama,
que á darme la vida llegue,
y llegue antes que de vos
la reciba, porque quede,
sin aquesta obligacion,
capaz mi enojo valiente
para volver á reñir. *(Riñen.)*

MENDOZ. Quién, D. Alvaro, os detiene?

ISABEL. O quien pudiera dar voces!
(Llaman dentro á la puerta.)

ALVARO. A la puerta llama gente.

MENDOZ. Qué haremos?

ALVARO. Que muera el uno,
y abrá luego el que viviere.

MENDOZ. Decís bien.

ISABEL. Primero yo
abriré, porque ellos entren.

ALVARO. No abrais.

MENDOZ. No abrais.

(Abre Isabel, y queriendo irse, detiénela el corregidor, que sale con D. Fernando.)

ESCENA XIV.

DICHOS, D. FERNANDO *y* ZUÑIGA.

ISABEL. Caballeros,
los dos que mirais presentes,
se quieren matar.
CORREG. Teneos,
porque hallándoos desta suerte,
riñendo á ellos, y aqui á vos,
se dice bien claramente
que sois la causa.
ISABEL. Ay de mí!
que me he entregado á perderme,
por donde entendí librarme.
ALVARO. Porque en ningun tiempo llegue
á peligrar una dama,
á quien mi vida le debe
el sér, diré la verdad;
y la causa que me mueve
á este duelo, no es de amor,
sino que como pariente
de D. Juan Malec, asi
pretendí satisfacerle.
MENDOZ. Y es verdad, porque esa dama
acaso ha venido á verme.
CORREG. Pues que con las amistades,
que ya concertadas tienen,
todo cesa, mejor es
que todo acabado quede
sin sangre, pues vence mas
aquel que sin sangre vence:
idos, señoras, con Dios.
ISABEL. Solo esto bien me sucede. (*Vanse.*)

ESCENA XV.

DICHOS, *menos* ISABEL.

FERN. Señor D. Juan de Mendoza,
á vuestros deudos parece,
y á los nuestros, que este caso
dentro de puertas se quede,
como dicen en Castilla,
y que con deudo se suelde,
pues dando la mano vos
á Doña Clara, la Fenix
de Granada, como parte
entonces...

MENDOZ. La lengua cese,
señor D. Fernando Valor,
que hay muchos inconvenientes:
si es el Fenix Doña Clara,
estarse en Arabia puede,
que en montañas de Castilla,
no hemos menester al Fenix:
y los hombres como yo,
no es bien que deudos concierten
por soldar agenas honras,
ni sé que fuera decente
mezclar Mendozas con sangre
de Malec, pues no convienen,
ni hacen buena consonancia
los Mendozas y Maleques.

FERN. D. Juan de Malec es hombre?

MENDOZ. Como vos.

FERN. Sí, pues desciende
de los reyes de Granada,
que todos sus ascendientes,
y los mios reyes fueron.

MENDOZ. Pues los mios, sin ser reyes,
fueron mas que reyes moros,
porque fueron montañeses.

ALVARO. Cuanto el señor D. Fernando
en esta parte dijere,

defenderé yo en campaña.
CORREG. Aqui de ministro cese
el cargo, que caballero
sabré ser, cuando conviene,
que soy Zúñiga en Castilla
antes que justicia fuese:
y asi, arrimando esta vara,
adonde, y cómo quisiereis,
al lado de D. Juan, yo...
CRIA. Qué oigo? un motin! corre gente?
CORREG. Pues todos disimulad,
que al cargo mi valor vuelve:
vos, D. Juan, venid conmigo
preso.
MENDOZ. A todo os obedece
mi valor.
CORREG. Con Dios quedad,
MENDOZ. Y si desto os pareciere
satisfaceros.
CORREG. A mí,
y á D. Juan, donde eligiéreis.
MENDOZ. Nos hallareis con la espada.
CORREG. Y la capa solamente. (*Vanse.*)
FERN. Esto consiente mi honor? (*Ap.*)
ALVARO. Este baldon me sucede!
(*Suena ruido de voces, tambores, trompetas, disparos y campanas.*)

ESCENA XVI.

D. FERNANDO DE VALOR, D. ALVARO *y* MALEC.

MALEC. Corred, corred! que ya es tarde!
Mirad! (*Señala la reja.*)
ALVARO. El tumulto crece!
DENTRO. Arma! arma!
MALEC. Guerra! guerra! (*En la ventana.*)
FERN. Lidiando los nuestros vencen!
ALVARO. De tanta opresion los ñudos
rompemos hoy para siempre!
MALEC. Al corregidor mataron!

ALVARO. Y en humo y fuego se envuelve
la ciudad!
FERN. Y aqui Mendoza
lidiando á ampararse viene.
MALEC. Que á su mismo umbral sucumba:
las puertas cerrad.
ALVARO. No, que entre,
que ofensa hecha cara á cara,
se ha de vengar frente á frente.
(*Crece el ruido mas cercano.*)

ESCENA XVII.

DICHOS, MENDOZA, CADI, MORISCOS *con estandarte.*

MENDOZ. Traicion! traicion!
CADI. A él! venganza!
MENDOZ. Moriré como valiente.
ALVARO. Atras! (*Interpónese entre Cadí y Mendoza.*)
CADI. D. Alvaro! tú
te opones?..
MALEC. Y le defiende
tambien mi ruego: en mi casa
entró, y si aquí le dais muerte
dirán que le asesinó
mi venganza.
ALVARO. Y hay quien tiene
obligacion de matarle
cuerpo á cuerpo.
CADI. No merece...
MALEC. Bien lo sé; pues como á perros
nos ha tratado insolente,
como un perro, justo fuera
que acorralado muriese!
MENDOZ. Ira de Dios!
MALEC. Pero tú,
tú mismo, hasta que se encuentre
libre de riesgo, le escolta
con algunos.
CADI. Y si vienen

muchos contra él... y...

MALEC. Yo mismo
iré á su lado.

CADI. No, tente;
yo basto.

ALVARO. Yo os buscaré.

MENDOZ. Me hallareis cuando quisiereis.

ALVARO. Que ofensa hecha çara á cara,
se ha de vengar frente á frente.
(Vase Mendoza seguido de Cadí.)

ESCENA XVIII.

DICHO, *menos* CADI *y* MENDOZA: *á la puerta de su estancia* ISABEL *y* BEATRIZ.

FERN. Pues nos dió el cielo ocasion,
á lidiar!

ALVARO. Victoria ó muerte!

MALEC. No veis el combate?

ALVARO. Sí!

MALEC. Pues de hablar la lengua cese
y empiecen á hablar las manos.

ALVARO. Pues quién dice que no empiecen!

(Salen con las espadas desnudas seguidos de los moriscos: Isabel queda aterrada apoyándose en Beatriz.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Campo rodeado de ásperas montañas.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN DE AUSTRIA, D. JUAN MENDOZA *y* SOLDADOS.

D. JUAN. Revelada montaña,
cuya inculta aspereza, cuya estraña
altura, cuya fábrica eminente
con el peso, la máquina, y la frente
fatiga todo el suelo,
estrecha el aire, y embaraza el cielo:
infame ladronera,
que de abortados rayos de tu esfera
dás, preñados de escándalos tus senos,
aqui la voz, y en Africa los truenos,
Hoy es, hoy es el dia
fatal de tu pasada alevosía,
porque vienen conmigo
juntos hoy mi venganza, y tu castigo;
aunque no son blasones
á mi honor merecidos
postrar una canalla de ladrones,
ni sujetar un bando de bandidos:
y asi, encargue á los tiempos mi memoria,
que la llamo castigo, y no victoria.

Como apenas llegado
á Granada, salíme apresurado
á domar del morisco la osadía.
Ignoro todavia
la causa de este ardiente
fiero motin.

MENDOZ. Pues oye atentamente.
Está sobrado, lo sabes
es el Alpujarra esta,
es la rústica muralla,
es la bárbara defensa
de los moriscos que hoy,
mal amparados en ella,
africanos montañeses,
restaurar á España intentan.
Es por su altura dificil,
fragosa por su aspereza,
por su sitio inespugnable,
é invencible por sus fuerzas:
catorce leguas en torno
tiene, y en catorce leguas
mas de cincuenta que añade
la distancia de las quiebras;
porque entre puntas, y puntas
hay valles que la hermosean,
campos que la fertilizan ,
jardines que la deleitan.
Toda ella está poblada
de villajes y de aldeas;
de todas las tres mojores
son Berja, Gavia, y Galera,
plazas de armas de los tres
que hoy á los demas gobiernan.
Es capaz de treinta mil
moriscos que estan en ella,
sin las mujeres, y niños,
y tienen donde apacientan
gran cantidad de ganados;
si bien, los mas se sustentan
mas que de carnes, de frutas,
ya silvestres, ó ya secas,
la causa del rebelion,

por si tuve parte en ella,
te suplico que en silencio
la permitas á mi lengua.
Aunque mejor es decir,
que fui la causa primera,
ademas que ya oprimidos
de ver cuanto los aprietan
órdenes que á cada dia
aqui de la corte llegan,
los desesperó de suerte,
que amotinarse conciertan,
y Granada, dando al cielo,
bañada en sangre, las quejas,
fue miserable teatro
de desdichas y tragedias.
Preciso acudió al remedio
la justicia, pero apenas
se vió atropellada, cuando
toda se puso en defensa,
trocó la vara en acero,
trocó el respeto en la fuerza;
y acabó en civil batalla
lo que empezó en resistencia.
Al corregidor mataron,
la ciudad al daño atenta,
tocó al arma, convocando
la milicia de la tierra:
no bastó, que siempre estuvo
(tanto novedades precia)
de su parte la fortuna
creció en ellos la soberbia.
Y para que veais que son
gente, aunque osada, y resuelta,
de políticos estudios,
oid como se gobiernan:
que esto lo habemos sabido
de algunas espías presas.
Lo primero que trataron,
fue elegir una cabeza;
y aunque sobre esta eleccion
hubo algunas competencias
entre D. Fernando Valor,

y otro hombre de igual nobleza,
D. Alvaro Tuzani;
D. Juan Malec los concierta,
conque D. Fernando reine,
casándose con la bella
Doña Isabel Tuzani,
su hermana: ó cuánto me pesa
de traer á la memoria (*Ap.*)
el Tuzani á quien respetan.
Coronado, pues, el Valor,
la primer cosa que ordena,
fue, por oponerse en todo
á las pramáticas nuestras,
que ninguno se llamára
nombre cristiano, ni hiciera
ceremonia de cristiano:
y porque su ejemplo fuera
el primero, se firmó
el nombre de Abenhumeya,
que ninguno hablar pudiese,
sino en arábiga lengua;
vestir sino traje moro,
ni guardar sino la secta
de Mahoma; despues de esto,
fue repartiendo las fuerzas:
Galera que es esa villa
la dió á Malec en tenencia;
á Malec padre de Clara,
que ya se llama Maleca,
al Tuzani le dió á Gavia
la alta y él se quedó en Berja,
corazon que vivifica
ese gigante de piedra.
Esa es la disposicion
que desde aqui se penetra;
y esa, señor, la Alpujarra,
cuya bárbra eminencia,
para postrarse á tus piés
parece que se depeña.

D. Juan. D. Juan, vuestras prevenciones
son de Mendoza, y son vuestras,
que es ser dos veces leales: (*Tocan.*)

pero que cajas son estas?

MENDOZ. La gente que vá llegando,
pasando, señor, la muestra,
cual mandasteis.

D. JUAN. Desde aqui
no distingo las banderas.
Qué tropa es esa?

MENDOZ. Esta es
de Granada, y cuanto riega
el Genil.

D. JUAN. Y quién la trae?

MENDOZ. Traela el Marqués de Mondejar,
que es el conde de Tendilla,
de su Alhambra, y de su tierra
perpétuo alcaide.

D. JUAN. Su nombre
el moro en Africa tiembla. (*Tocan.*)
Cuál es esta?

MENDOZ. La de Murcia.

D. JUAN. Y quién es quien la gobierna?

MENDOZ. El gran Marqués de los Velez.

D. JUAN. Su fama, y sus hechos sean
coronicas de su nombre. (*Tocan.*)

MENDOZ. Estos son los de Baeza,
y vienen por cabo suyo
un soldado, á quien debiera
hacer estátuas la fama,
como su memoria eterna:
Sancho de Avila, señor.

D. JUAN. Por mucho que se encarezca,
será poco, si no dice
la voz que alabarle intenta,
que es discípulo del Duque
de Alva, enseñado en su escuela
á vencer, no á ser vencido. (*Tocan.*)

MENDOZ. Aqueste que ahora llega,
el tercio viejo de Flandes
es, que ha bajado á esta empresa
desde el Mosa hasta el Genil,
trocando perlas á perlas.

D. JUAN. Quién viene con él?

MENDOZ. Un monstruo

del valor y la nobleza,
D. Lope de Figueroa.
D. JUAN. Notables cosas me cuentan
de su gran resolucion,
y de su poca paciencia.
MENDOZ. Impedido de la gota,
impacientemente lleva
el no poder acudir
al servicio de la guerra.
D. JUAN. Yo deseo conocerle.

ESCENA II.

DICHOS, D. LOPE DE FIGUEROA.

D. LOPE. Voto á Dios, que no me lleva
en aqueso de ventaja
un átomo vuestra alteza,
porque hasta verme á sus piés,
solo he sufrido á mis piernas.
D. JUAN. Cómo llegais?
D. LOPE. Como quien,
señor, á serviros llega
de Flandes á Andalucía;
y no es mala diligencia,
pues vos á Flandes no vais,
que Flandes á vos se venga.
D. JUAN. Cúmplame el cielo esa dicha:
traeis buena gente?
D. LOPE. Y tan buena,
que si fuera el Alpujarra
el infierno, y estuviera
Mahoma por alcaide suyo,
entráran, señor, en ella,
si no es los que tienen gota,
que no trepan por las peñas...
D. JUAN. Mas qué escucho!
DEN. UNO. Deteneos.
GAR. DEN. Tengo de llegar, afuera.

ESCENA III.

Dichos, Garces *y* Alcuzcuz.

D. Juan. Qué esto?
Garces. De posta estaba
á la falda de esa sierra,
sentí ruido entre unas ramas,
paréme hasta ver quien era,
y ví este galgo, que estaba
acechando detras dellas,
que sin duda era su espía:
maniatéle con la cuerda
del mosquete, y porque ladre
qué hay allá le traigo á cuestas.
D. Lope. Buen soldado, vive Dios,
esto hay acá?
Garces. Pues que piensa
vue señoría, que todo
está en Flandes?
Alcuz. Malo es esta,
Alcuzcuz, á esparto olelde
el nuez del gaznato vuestra.
D. Juan. Yá os conozco, no me cogen
estas hazañas de nuevas.
Venid acá.
Alcuz. A me decilde?
D. Juan. Sí.
Alcuz. Ser gran favor tan cerca,
bien estalde aqui.
D. Juan. Quién sois?
Alcuz. Aquí importar el cautela. (*Ap.*)
Alcuzcuz, un morisquilio,
á quien llevaron por fuerza
al Alpujarro, que me
ser crestiano en me conciencia,
saber la trina crestiana,
el credo, y la Salve Reina,
el Pan nostro, y el catorce
Mandamientos de la Iglesia.

Por decir que ser crestiano,
darme otros el muerte intentan,
yo correr, é hoyendo, dalde
en manos de quien me prenda.
Si me dar el vida, yo
decilde cuanto allá piensan,
lievaros donde entreis
sin alguna resistencia.

D. JUAN. Como presumo que miente,
tambien puede ser que sea
verdad.

MENDZO. Quien duda que hay muchos
que ser cristianos profesan?
yo sé una dama, que está
retirada allá por fuerza.

D. JUAN. Pues ni todo lo creamos,
ni dudemos: Garcés tenga
ese morisco por preso.

GARCES. Yo, yo tendré con él cuenta.

D. JUAN. Que en lo que luego dijere
veremos si acierta ó yerra;
y ahora vamos, D. Lope,
dando á los cuarteles vuelta,
y á consultar por qué sitio
se ha de empezar.

MENDZO. Vuestra Alteza
lo mire bien, porque aunque
parece poca la empresa,
importa mucho, que hay cosas,
mayormente como estas,
que no dan honor ganadas,
y perdidas dan afrenta;
y así se debe poner
mayor atencion en ellas,
no tanto para ganarlas,
cuanto para no perderlas. *(Vase.)*

ESCENA IV.

GARCES y ALCUZCUZ.

GARCES. Vos cómo os llamais?
ALCUZ. Arroz,
que si entre moriscos era
Alcuzcuz, entre crestianos
seré arroz, porque se entienda
que menestra mora pasa
á ser crestiana menestra.
GARCES. Alcuzcuz, ya sois mi esclavo,
decid verdad.
ALCUZ. Norabuena.
GARCES. Vos dijisteis al señor
D. Juan de Austria.
ALCUZ. Qué aquel era?
GARCES. Que le llevariais por donde
entrada tiene esa sierra.
ALCUZ. Sí, mi amo.
GARCES. Aunque es verdad
que él á sujetaros venga
con el Marqués de los Velez,
con el Marqués de Mondejar,
Sancho de Avila, y Don Lope
de Figueroa, quisiera
yo que la entrada á estos montes
solo á mí se me debiera:
llévame allá, porque quiero
mirarla, y reconocerla.
ALCUZ. Engañifa á este crestiano (*Ap.*)
he de hacerle, é dar la vuelta
al Alpojarra: venilde
conmigo.
GARCES. Detente, espera,
que en ese cuerpo de guardia
dejé mi comida puesta,
cuando salí á hacer la posta,
y quiero volver por ella,
que en una alforja podré

(porque el tiempo no se pierda)
llevarla, para ir comiendo
por el camino.

ALCUZ. Así sea.

GARCES. Vamos, pues.

ALCUZ. Santo Mahoma,
pues tú selde mi profeta,
llevarme, é á Meca iré
aunque ande de ceca en meca. *(Vanse.)*

ESCENA V.

D. FERNANDO DE VALOR, DOÑA ISABEL TUZANI *y* MORISCOS.

FERN. A la falda lisonjera
de ese risco coronado,
donde sin duda ha llamado
á cortes la primavera,
reposa, pues, ya el cristiano
lejos vá.

ISABEL. De Berja al pié
cual otros dias podré
gozar del prado galano.

FERN. Puedes, bella esposa mia,
reclinarte un rato: á ver
si aves y flores, vencer
pueden tu melancolía.

ISABEL. No es desprecio de la dicha
deste amor, desta grandeza
mi repetida tristeza,
sino pension ó desdicha
de la suerte, porque es tal
de la fortuna el desden,
que apenas nos hace un bien,
cuando le desquita un mal.
No nace de causa alguna
esta pena, á Dios pluguiera, *(Ap.)*
sino solo desta fiera
condicion de la fortuna;
y si ella es tan envidiosa,
cómo puedo yo este miedo

perder al mal, si no puedo
dejar de ser tan dichosa?

FERN. Si la causa de mirarte
triste tu dicha ha de ser,
pésame de no poder,
mi Lidora, consolarte;
que habrá tu melancolía
de ser cada dia mayor,
pues que tu imperio, y mi amor
son mayores cada dia.
Mas gente viene hácia aqui.
Quién se acerca entre esos riscos?

CADI. No receleis, son moriscos.
Son Malec y el Tuzani.

ESCENA VI.

DICHOS, MALEC, D. ALVARO, DOÑA CLARA *y* MORISCOS.

MALEC. Señor, pues entre el estruendo
(Hinca la rodilla ante Valor.)
de Marte, el amor se vé
tan hollado, bien podré
decirte como pretendo
dar á Maleca marido.

FERN. Quién fue tan feliz, me dí?

MALEC. Tu cuñado Tuzani.

FERN. Muy cuerda eleccion ha sido,
pues uno y otro fiel,
á preceptos de su estrella,
él no viviera sin ella,
y ella muriera sin él.
A dónde están?
(Llegan D. Alvaro y Doña Clara.)

CLARA. A tus piés
alegre llego.

ALVARO. Y yo ufano,
para que nos dés tu mano.

FERN. Mis brazos tomad, y pues
porque de la esposa mia
huya la melancolía,

músicas traigo, cual veis;
entonad dulces canciones
en albricias, y haced zambras.
Si faltan bellas Alhambras
sobran floridos peñones.

(*Cantan y danzan.*)

En nuestro docto Alcoran
ley que ya todos guardamos,
mas ceremonias no usamos
que las prendas que se dan
dos, déle á Maleca divina
sus arras el Tuzani.

ALVARO. Todo es poco para tí,
á cuya luz peregrina
dá la aurora su arrebol;
y asi temo porque arguyo,
que es darle al sol lo que es suyo,
darle diamantes al sol.
Aqueste un cupido es,
de sus flechas guarnecido,
que aun de diamantes cupido,
viene á postrarse á tus piés.
Esta una sarta de perlas,
de quien duda, quien ignora
que las lloráraa el aurora,
si tú habias de cogerlas.
Esta es un águila bella,
del color de mi esperanza,
que solo un águila alcanza
ver el sol que mira ella.
Un clavo para el tocado,
es este hermoso rubí,
que ya no me sirve á mí,
pues mi fortuna ha parado.
Estas memorias... mas no
las tomes, que en tales glorias,
quiero que tengas memorias
tú, sin traértelas yo.

CLARA. Las arras, Tuzani, acepto,
y á tu amor agradecida,
traerlas toda mi vida,
en tu nombre te prometo.

ISABEL. Y yo os doy el parabien
de aqueste lazo inmortal,
que ha de ser para mi mal. (*Ap.*)
MALEC. Ea, pues, las manos dén
albricias al alma.
ALVARO. Puesto
á tus piés estoy.
CLARA. Los brazos
formen con eternos lazos.
LOS DOS. Yo soy feliz.
(*Al darse las manos tocan cajas.*)
TODOS. Mas qué es esto?
MALEC. Cajas españolas son
las que atruenan estos riscos,
que no tambores moriscos.
ALVARO. Quién vió mayor confusion?
FERN. Cese la boda, hasta ver
qué novedad causa ha sido.
ALVARO. Ya, señor, no lo has sabido?
Qué mas novedad que ser
dichoso yo? Pues el sol
mira apenas mi ventura,
cuando eclipsan su luz pura
las armas del español.
(*Vuelven á tocar y sale Alcuzcuz con unas alforjas al hombro.*)

ESCENA VII.

DICHOS *y* ALCUZCUZ.

ALCUZ. Gracias á Mahoma y Alá,
que á tus piés haber llegado.
ALVARO. Alcuzcuz, dónde has estado?
ALCUZ. Ya todos estar acá.
FERN. Qué te ha sucedido?
ALCUZ. Yo
hoy de posta estar, é á posta
liegó aqui, aunque por la posta,
quien por detrás me cogió.
Lievóme con otros dos

á un D. Juan, que ahora es venido,
é crestianilio fingido,
decirle que creer en Dios:
no me dió muerte, cativo
ser del soldado crestiano,
que no se lavará en vano:
á este apenas le percibo,
que senda saber por donde
poder la Alpojarra entrar,
cuando la querer mirar;
de camaradas se esconde,
á aquesta forja me dando,
donde venir su comida,
por una parte escondida,
entrar los dos camenando.
Apenas solo le ver,
cuando, sin que seguir pueda,
fui por el monte, é se queda
sin cativo, é sin comer;
porque aunque me seguir quiso,
una trompa que salir
de moros, le hacer huir:
é yo venir con aviso
de que ya muy cerca dejo
D. Juan de Audustria en campaña,
á quien decir que acompaña
el gran marqués de Mondejo,
con el marqués de Luzbel,
y el que fremáticos doma,
D. Lope Figura-roma,
y Sancho Devil con él:
todos hoy á la Alpojarra
venir contra tí.

FERN. No digas
mas, porque á cólera obligas
mi altivez siempre bizarra.

ISABEL. Ya desde esa escelsa cumbre.
donde tropezando el sol,
ó teme ajar su arrebol,
ó teme apagar su lumbre,
ni bien ni mal se divisan
entre varias confusiones

los armados escuadrones,
que nuestros términos pisan.

CADI. Grande gente ha conducido
Granada á aquesta faccion.

FERN. Pocos muchos mundos son,
si á vencerme á mí han venido,
aunque fuera el que sujeta
ese hermoso laberinto,
como hijo de Cárlos Quinto,
hijo del quinto planeta:
porque aunque estos horizontes
cubran de marciales señas,
serán su pira estas peñas,
serán su tumba estos montes.
Y pues se viene acercando
ya la ocasion, advertidos,
no ya desapercibidos
nos hallen, sino esperando
todo su poder; y asi,
su puesto ocupe cualquiera:
Malec se vaya á Galera,
vaya á Gavia Tuzani,
que yo en Berja me estaré,
y á quien Alá deparare
la suerte, Alá le ampare,
pues suya la causa fué:
id á Gavia, que la gloria,
que hoy es de amor interés,
celebraremos despues
que quedemos con victoria. (*Vanse.*)

ESCENA VIII.

D. ALVARO, CLARA, BEATRIZ *y* ALCUZCUZ.

CLARA. Alegrias mal logradas,
antes muertas, que nacidas.

ALVARO. Rosas sin tiempo cogidas,
flores sin sazon cortadas.

CLARA. Si rendidas, si postradas
á un lijero soplo estais.

ALVARO. No digais que el bien gozais.
CLARA. Pues siendo para perder,
que sintais es menester.
ALVARO. No es menester que digais.
CLARA. Alegrias de un perdido,
aborto sois de un cuidado,
puesto que habeis espirado
primero que habeis nacido;
si acaso, si yerro ha sido
hallarme vuestras porfias
por otra, no esteis valdías
conmigo un rato pequeño;
dejadme, y buscad el dueño
cuyas sois, mis alegrias.
ALVARO. Por gran maravilla os toco,
dichas, luego bien moristeis,
que si maravilla fuisteis,
fuerza fué vivir tan poco:
de contento estuve loco,
y ya de melancolías;
qué bien, qué bien, alegrias,
se vé que sois de otro, á quien
buscais! y ay penas, qué bien,
qué bien se vé que sois mias!
CLARA. Aunque si ser pretendeis,
alegrias, bien hicisteis.
ALVARO. Pues que dos veces lo fuisteis,
en una que os deshaceis.
CLARA. Dos veces desde hoy sereis
venturosas.
LOS DOS. Lo mostrais,
cuando á mi alivio acudís,
en la prisa con que os vais.
ALVARO. En lo tarde que venís.
CLARA. En lo poco que durais.
ALVARO. Hablando estaba conmigo
á solas, porque no sé
si en tantas penas podré
hablar, Maleca, contigo:
cuando era mi amor testigo
desta victoriosa palma,
vuelve á suspenderse en calma;

y asi calla, porque es mengua
que quiera alzarse la lengua
con los afectos del alma.

CLARA. El hablar es libre accion,
pues puede un hombre callar;
el oir no, porque ha de estar
eso en agena razon;
y es tanta mi suspension,
que ocupada del sentir,
no oiré lo que has de decir:
qué mucho en tanto pesar,
que tú no estés para hablar,
si yo no estoy para oir?

ALVARO. El rey á Gavia me envia,
tú á Galera vás, y amor,
luchando con el honor,
se rinde á su tiranía:
quédate ahí, esposa mia,
y piadoso el cielo quiera,
que el cerco que nos espera,
que el poder que nos agravia,
me vaya á buscar á Gavia,
porque te deje en Galera.

CLARA. De suerte, que no podré
verte, hasta ver acabada
esta guerra de Granada?

ALVARO. Sí podrás, que yo vendré
todas las noches, porque
dos leguas que hay en rigor
de allí á Gavia, será error
no volarlas mi deseo.

CLARA. Mayores distancias creo
que sabe medir amor;
yo en el postigo estaré
esperándote del muro.

ALVARO. Y yo, de ese amor seguro,
cada noche al muro iré:
dame los brazos, en fé. (*Cajas.*)

CLARA. Cajas vuelven á tocar.

ALVARO. Qué desdicha!

CLARA. Qué pesar!

ALVARO. Qué padecer!

CLARA. ¿Qué sentir!
Esto es amar?
ALVARO. Es morir.
CLARA. Pues que mas morir que amar?
(Vanse los dos.)

ESCENA IX.

BEATRIZ, ALCUZCUZ.

BEATRIZ. Alcuzcuz, llégate aqui,
pues solos hemos quedado.
ALCUZ. Zarilia, aquese recado
ser al alforja, ó á mí?
BEATRIZ. Que siempre has de estar de gorja,
aunque todo sea tristeza?
Escúchame.
ALCUZ. Esa fineza
ser á mí, ó ser al alforja?
BEATRIZ. A tí es, pero ya que asi
ella mi amor atropella,
tengo de ver que hay en en ella.
ALCUZ. Luego ser á elia, é no á mí?
(Va sacando lo que dicen los versos.)
BEATRIZ. Esto es tocino, y condeno
traerlo tú de este modo:
este es vino, ay de mí! todo
cuanto traes aqui es veneno,
Yo no lo quiero tocar,
ni ver, Alcuzcuz, advierte
que pueden darte la muerte,
si lo llegas á probar. *(Vase.)*
ALCUZ. Todos de voneno llenos
estar, sí, ya lo creer;
pues Zara decir que ser,
siempre saber de vonenos;
y aun otra razon mas clara
es de que el voneno vió
Zara que no le probó,
con ser tan golosa Zara.
El crestianilio sin duda

matar á Alcuzcuz queria:
hay tan gran beliaquería!
Mahoma librarme pudo,
porque á Meca le ofrecer
ir á ver el zancarron, (*Cajas.*)
mas cerca escochar el son,
y ya de divisos ver
en trompas el monte lieno,
seguir quiero al Tozani:
haber alguien por ahí,
que querer de este voneno? (*Vase.*)

ESCENA X.

D. JUAN, D. LOPE, MENDOZA, SOLDADOS.

D. JUAN. De esas dos fuerzas la una
se ha de sitiar.
LOP. DEN. Pues miremos
cual tiene disposicion
mas al propósito nuestro,
y manos á la labor,
que piés no estan para eso.
D. JUAN. Aquel morisco rendido
me traed, y del sabremos
si trata verdad ó no,
en lo que fuere diciendo:
dónde está Garcés, á quien
se le dí por prisionero?
MENDOZ. No le he visto desde entonces.
GAR. DEN. Ay de mí!
D. JUAN. Mirad que es eso.

ESCENA XI.

DICHOS, GARCES *herido.*

GARCES. Yo soy, que á tus plantas no
llegára menos que muerto.
MENDOZ. Garcés es.
D. JUAN. Qué ha sucedido?

GARCES. Tu alteza perdone un yerro,
por un aviso.

D. JUAN. Decid,

GARCES. Aquel morisco, aquel preso
que me entregaste, te dijo
que venia con intento
de entregarte la Alpujarra:
yo, señor, con el deseo
de saber el paso, y ser
el que la entrase el primero,
dije que me la enseñára,
y apenas entre dos cerros
él se vió conmigo, cuando
por los peñascos subiendo,
dió voces, y ya á sus voces,
ó á las que le hurtaba el eco,
respondieron unas tropas
de moros, que descendiendo,
á la presa se avanzaban
como quien son, como perros.
Inútil fue la defensa,
y en fin, en mi sangre envuelto,
discurrí el monte á ampararme
de las hojas, cuando veo
debajo de las murallas
de Galera, donde llego,
abierta una boca inmensa.
El sitio fuí recorriendo,
y en fin, Galera minada
de los ardides del tiempo
está, y como tú sobre ella
te pongas, podrás con fuego
volarla, como esta boca,
que es muy posible ganemos,
sin esperar lo prolijo
de sitiarla, y yo te ofrezco
hoy por una vida, cuantas
Galara contiene dentro;
sin que pueda con mi rabia,
sin que valgan con mi acero,
ni en los niños la piedad,
ni la clemencia en los viejos,

ni el respeto en las mujeres,
que con esto lo encarezco.

D. JUAN. Retirad ese soldado. (*Llévanle.*)
Ya tengo por buen agüero,
D. Lope de Figueroa,
saber de Galera esto;
que desde que oí que habia
en el Alpujarra pueblo
que Galera se llamaba,
la quise poner cerco,
por ver si como en el mar,
dicha en las galeras tengo
en la tierra.

D. LOPE. Pues qué aguardas?
vamos á ocupar los puestos,
que esta es la hora mejor,
pues de noche, sin estruendo
podremos llegarnos mas:
á Galera marche el tercio.

TODOS. Pase la palabra.

OTRO. Pase.

TODOS. A Galera.

D. JUAN. Dadme, cielos,
fortuna, como en el agua,
en la tierra, porque opuestos,
aquella naval batalla,
y este cerco camapal, luego
pueda decir que en la tierra,
y en la mar, tuve en un tiempo
dos victorias, que confusas,
aun no distinga yo mesmo,
de un cerco y una naval,
cual fue la naval ó el cerco.

(*Trepan por los riscos los soldados en distintas direcciones.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.



Campo rodeado de montañas altas y ásperas: entre ellas Galera asoma trás sus torreones. A la derecha ruinas de un fuerte, con algunas paredes en pié. Es de noche, la luna sale entre las crestas de la sierra.

ESCENA PRIMERRA.

D. ALVARO *y* ALCUZCUZ.

ALVARO. Noche pálida y fria,
á tu silencio dignamente fia
mi esperanza su empleo,
mi amor su dicha, mi alma su trofeo;
pues en tí, aunque á pesar de tanta estrella,
dará mas noble luz Maleca bella,
cuando redes y lazos
robada finja entre mis dulces brazos.
En alas del cuidado,
como á un cuarto de legua ya he llegado
de Galera, esta parte,
donde naturaleza obró sin arte
cerrados laberintos
de hojas, ni bien confusos ni distintos,
nocturno albergue sea
del caballo, y pues nadie hay que me vea,
quede á ese tronco atado,
mas seguro á las riendas hoy fiado

un bruto, que al cuidado ayer de un hombre,
que... mas no hay accidente que no asombre
un pecho enamorado; (*Tropieza en Alcuzcuz.*)
si bien este accidente
con justa causa mi valor le siente,
pues cuando al muro ya acercarme empiezo,
en un cadáver mísero tropiezo.
Todo cuanto hoy he visto, todo cuanto
he hallado, es asombro, horror y espanto.
Con qué de sombras lucho!
(*Despierta Alcuzcuz.*)

ALCUZ. Quién es que me pisar?

ALVARO. Qué veo! qué escucho!
quién vá? quién es?

ALCUZ. Alcuzcuz,
que aqui esperar le mandaste
con el yegua, y aqui estar,
sin que me haber visto nadie.
Si haber de volver á Gavio
hoy, cómo salir tan tarde?
Mas siempre haber al partirse
gran perecilia entre amantes.

ALVARO. Alcuzcuz, qué haces aqui?

ALCUZ. Cómo preguntar qué haces
á Alcuzcuz, si te esperar
desde que tú te marchaste
há poco á ver á Maleca?

ALVARO. Quién vió cosa semejante?
Pues desde anoche, que fue
eso, estás aqui?

ALCUZ. Que hablalde
desde anoche? si no haber
que me dormir un instante,
con un mal voneno que
tomar, porque me matase,
de miedo de que la yegua
ir por esos andurriales:
mas pues ya es el yegua vuelta,
y voneno no matarme,
que Alá mejorar el horas,
vamos, pues.

ALVARO. Qué disparates!

tú estabas borracho anoche.

ALCUZ. Si hay vonenos que emborrachen,
si estar, y creerlo ahora
en que el boca á hierro sabe,
estar el lengua é los labios
secos, como pedernales,
ser de yesca el paladar
saberme todo á venagre.

ALVARO. Vete de aqui, que no es bien
que ya otra vez me embaraces
la dicha, pues por tí anoche
perdí la ocasion mas grande;
y no quiero que por tí
aquesta tambien me falte.

ALCUZ. No tener el culpa, Zara
sí, porque elia asegorarme
que era voneno, é beberle
por morirme. *(Ruido dentro.)*

ALCUZ. Hácia esta parte
siento gente, entre estas ramas
esperemos á que pasen.

(Retíranse los dos al paño, y salen con armas todos los soldados que puedan y Garcés.)

ESCENA II.

DICHOS, GARCES *y* SOLDADOS.

GARCES. Esta de la mina es
la boca que al muro sale,
llegad, llegad con silencio,
pues no nos ha visto nadie:
ya está dada fuego, y ya
esperamos por instantes
que rebiente el monte, dando
nubes de pólvora al aire.
En volándose la mina,
ninguno un minuto aguarde,
sino ir á ocupar el puesto
que ella nos desocupare,
procurando mantenerle,

hasta llegar lo restante
de la gente, que emboscada
en esa espesura yace. (*Vanse.*)

ESCENA III.

D. Alvaro *y* Alcuzcuz.

Alvaro. Oiste algo?
Alcuz. Nada oir.
Alvaro. Quién duda que es ronda que ande
corriendo el monte, por eso
puse cuidado en guardarme:
fuéronse?
Alcuz. Ya no lo vés?
Alvaro. Ya es bien al muro acercarme.
(*Disparan dentro.*)
Mas que es esto?
Alcuz. No haber boca,
que mas claramente hable,
que la boca de una pieza,
aunque se ignora el lenguaje.
(*Dentro suena todo el ruido que pueda.*)
Todos. Valedme, cielos.
Alcuz. Valedme,
Mahoma, asi Alá te guarde,
Alvaro Parece que se desquicia
de sus ejes inmortales
todo el orbe de cristal,
todo el globo de diamante,
Lop. den. Ya voló la mina, todos
á la batería que hace. (*Cajas.*)
Alvaro. Qué etnas, qué mongibelos,
qué vesubios, qué volcanes
en su vientre concibieron
los montes que asi los paren?
Alcuz. Qué mongiles, qué besugos,
qué lenas, ni que alacranes?
que todo ser humo y fuego.
Alvaro. Quién vió mas terrible trance!
Y en confusos laberintos

de armas ya la villa arde;
estrago de España es este:
ni soy noble, pues ni amante,
si á socorrer á mi dama
al fuego no me arrojáre,
que como yo entre mis brazos
á Maleca hermosa saque,
Galera, y el mundo todo
mas que se queme y se abrase.

ALCUZ. Ni ser amante ni noble,
si en confusion tan notable
quedar Zara, mas qué importa
no ser yo noble ni amante?
hartos amantes y nobles
haber, y como escaparme
yo, que Zara y que Galera
mas que se queme y se abrase.

ESCENA IV.

Al alejarse Alvaro y Alcuzcuz por entre los riscos, salen á su encuentro y los detiene, D. JUAN DE MENDOZA, DON D. LOPE DE FIGUEROA, GARCES *y* SOLDADOS.

D. LOPE. No quede persona á vida:
llévese á fuego y á sangre
la villa.

GARCES. A pegarla fuego
entraré. (*Vase.*)

SOLD. 1.º Yo á aprovecharme
del saco. (*Vase.*)

ESCENA V.

DICHOS, MALEC *y* MORISCOS *que se ponen junto á* ALVARO.

ALVARO. Que yo ir no pueda! (*Batalla.*)
Cielos! no habrá quien la salve!

(*Salen por entre los riscos soldados cristianos y moriscos peleando.*)

MENDOZ. Daos!
ALVARO. Atrás!
MALEC. Yo basto solo
puesto por muro delante
á defenderla.
SOLD. 2.º Soy muerto!
(Cae un soldado á los piés de Alvaro, que sigue lidiando con otros é hiriéndolos.)
MENDOZ. Este es Ladin el alcaide.
D. LOPE. Ríndete ya!
MALEC. Qué es rendirme!
CLA. DEN. Ladin, D. Alvaro, padre!
ALVARO. Maleca es!
MALEC. Oh! quién pudiera
hoy dividirse en dos partes!
CLARA. Que me dá un cristiano muerte!
MALEC. Pues á mí esotros me matan.
Tu muro soy, vé á salvarla.
(Se coloca delante de Alvaro y este corre hácia Galera.)
D. LOPE. Muere!
ALVARO. Ay! si llegaré tarde.
(Cae Malec, váse Alvaro seguido de soldados.—Sigue la batalla, retirándose los moriscos derrotados, suenan cajas, trompetas y los disparos de una y otra parte: sigue ardiendo la parte de ciudad que permite ver el muro, detras del cual asomarán llamas. Van retirando los heridos y muertos.)

ESCENA VI.

D. LOPE, MENDOZA, GARCES, SOLDADOS *cristianos.*

GARCES. No se ha hecho presa tal
de joyas y de diamantes.
SOLD. 1.º Rico quedo de esta vez.
GARCES. Ninguna vida hoy se guarde
de mi acero, por hermosa,
ó por caduca se escape.
Solo me falta de hallar
aquel morisquillo infame
para volver bien vengado.

D. Lope. Pues toda Galera arde,
manda retirar la gente,
antes que su incendio llame
el socorro.
Mendoz. A retirar,
pase la palabra.
Garces. Pase. (*Vanse.*)

ESCENA VII.

Alvaro, Maleca, un Morisco *y* Cadi, *que sale por el lado opuesto.*

Maleca. Ay de mí!
Alvaro. Aun alienta!
Cadi. Cielos!
Alvaro. Pues aqui no quedó nadie,
podré...
Cadi. Qué miro!
Alvaro. Cadí!
Cadi. Herido, cansado, errante
voy... mas qué veo!
Alvaro. Es mi esposa!...
Cadi. Pero y Malec!
Alvaro. Muerto yace!
Por entre montes de llamas,
entre piélagos de sangre,
tropezando en cuerpos muertos,
quiso mi amor que encontrase
á Maleca, esposa mia!
pero ay! al fin llegué tarde!
Clara. Soldado español en quien
ni piedad ni rigor cabe; (*Volviendo en sí.*)
piedad, pues que ya me heriste,
rigor, pues no me acabaste,
vuelve á mi pecho el acero,
mira que es rigor notable,
que tus acciones no sean
ni rigores ni piedades.
Alvaro. El que en sus brazos te tiene,
no solicita matarte,

que antes quisiera su vida
dividir en dos mitades.

CLARA. Bien dicen esas razones
que eres africano alarbe,
y si por mujer y triste,
dos veces puedo obligarte,
una fineza te deba:
en Gavia está por alcaide
el Tuzani, esposo mio,
pártete luego á buscarle,
y este estrecho último abrazo
le llevarás de mi parte;
y dirásle que su esposa,
bañada en su propia sangre,
á manos de un español,
de sus joyas y diamantes,
mas que de honor, ambicioso,
hoy muerta en Galera yace.

ALVARO. El abrazo que me dás,
no, no es menester llevarle
á tu esposo, que por ser
fin de sus felicidades,
él le sale á recibir,
que no hay desdicha que tarde.

CLARA. Sola una voz, ay bien mio!
pudo nuevo aliento darme,
pudo hacer feliz mi muerte:
deja, deja que te abraze,
muera en tus brazos, y muera... (*Espira.*)

ALVARO. O cuánto, ó cuánto ignorante
es quien dice que el amor
hacer de dos vidas sabe
una vida! pues si fueran
esos milagros verdades,
ni tú murieras, ni yo
viviera, que en este instante,
muriendo yo, y tú viviendo,
estuviéramos iguales.
Qué debe aqui hacer un triste,
que el tálamo que esperarle
pudo, halla túmulo, donde
la mas adorada imágen,

que iba siguiendo deidad,
vino á conseguir cadáver?
Mas no, no me respondais,
no teneis que aconsejarme,
que si no obra por dolor
un hombre en sucesos tales,
mal obrará por consejo.
O montaña inespugnable
de la Alpujarra, ó teatro
de la hazaña mas cobarde,
de la victoria mas torpe,
de la gloria mas infame!

ESCENA VIII.

DICHOS, D. FERNANDO DE VALOR, ISABEL, MORISCOS.

FERN. Aunque con lenguas de fuego
Galera en su ayuda llame,
tarde hemos llegado.

ISABEL. Y tanto,
que ya sus plazas y calles,
son abrasadas cenizas,
que llamas piramidales
se oponen á las estrellas.

ALVARO. No os admire, no os espante,
venir tan tarde vosotros,
si yo tambien vine tarde.

FERN. O qué presagio tan triste!

ISABEL. Qué asombro tan miserable!

FERN. Qué es esto?

ALVARO. Esta es la mayor
pena, este el dolor mas grande,
que ver morir y morir
tan triste, y tan lamentable-
mente lo que se ama, es
la cifra de los pesares,
Maleca, ay triste, mi esposa
es la que teneis delante!
Aleve mano su pecho
hirió! Oh! sacrílego ultraje!

Todos sois testigos, todo
de esta accion fiera, cobarde
y asi lo habeis de ser todos
de la mayor, la mas grande
venganza, de la mas noble
que el tiempo en su libro guarde.
Pues á esta beldad difunta,
flor truncada, rosa fácil,
que al fin maravilla muere,
como maravilla nace,
hago juramento, hago
firme amoroso homenage
de vengar su muerte; y puesto
que Galera, á quien no en valde
dieron este nombre, ya
de púrpura sobre mares
se va á pique despeñando
desde esta cumbre á ese valle:
pues ya de los españoles
apenas se escucha el parche,
y pues se va retirando,
yo iré siguiendo el alcance,
hasta que al mismo, entre todos,
homicida suyo halle,
vengaré, si no su muerte,
á lo menos mi corage!
que hay en un alarbe pecho,
en un corazon alarbe
amor despues de la muerte,
porque aun ella no se alabe,
que dividió su poder
los dos mas firmes amantes. (*Vase.*)

ESCENA IX.

ISABEL, D. FERNANDO, MORISCOS.

FERN. Detente, espera.
ISABEL. Primero
harás que un rayo se pare.
FERN. Retirad esa belleza

infeliz, no os acobarde
ver que esa bárbara Troya,
ese rústico homenaje
caiga en horror á la tierra,
vuele en cenizas al aire.
Moriscos del Alpujarra,
si para venganzas tales,
vuestro rey Abenhumeya
no ciñe este acero en valde. (*Vase.*)

ESCENA X.

D. JUAN DE AUSTRIA, D. LOPE, MENDOZA *y* SOLDADOS.

MENDOZ. A D. Alvaro he de hallar.
Id, buscarle sin demora.
SOLD. 1.° Yo pienso que le ví ahora
por esos riscos cruzar.
D. JUAN. Pronto el campo ha de marchar
á Berja, que mi atrevido
corazon, nunca vencido,
descanso no ha de tener,
hasta á Abenhumeya ver
á mis piés muerto ó vencido.
D. LOPE. Si quieres, señor, que hagamos
de Berja, lo que hemos hecho
de Galera, satisfecho
estás de tus armas, vamos;
pero si el órden miramos
del rey, no fue su intencion,
destruir gentes, que son
sus vasallos, sino dar
escarmientos, y templar
el castigo, y el perdon.
MENDOZ. Yo, lo que D. Lope digo,
piadoso, y cruel te crean,
y la cara al perdon vean,
pues vieron la del castigo:
sea su perdon testigo
de tus piedades, señor,
témplese ya tu rigor,

pues mas se suele mostrar
el valor en perdonar,
porque el matar no es valor.

D. JUAN. Mi hermano (es verdad) me envia
á que esto apacigue yo,
mas rogar sin armas, no
sabe la cólera mia:
pero ya que de mí fia
castigo, y perdon, me obligo
á que el mundo sea testigo,
que uso en cualquiera ocasion,
con las armas del perdon,
con los ruegos del castigo:
D. Juan?

MENDOZ. Señor?

D. JUAN. Vos ireis
á Berja, donde está hoy
Valor, y que á Berja voy,
de mi parte le direis:
público el perdon le hareis,
y el castigo, y con igual
providencia al bien, y al mal,
le direis que si rendido,
se quiere dar á partido,
daré perdon general
á todos los rebelados,
con que vuelvan á vivir
con nosotros, y asistir
con sus oficios, y estados:
que de los daños pasados
hoy mi justicia severa
mas satisfaccion no espera:
que se rinda al fin, porque
si no, á Berja soplaré
las cenizas de Galera.

MENDOZ. A servirte voy. (*Vase.*)

ESCENA XI.

DICHOS, *menos* MENDOZA.

D. LOPE. No ha habido
saco jamás que haya dado
mas provecho, no hay soldado
que rico no haya venido.
D. JUAN. Tanto tesoro escondido
dentro de Galera habia?
D. LOPE. Dígatelo la alegría
de tus soldados.
D. JUAN. Yo quiero,
porque presentar espero
á mi hermana, y reina mia
de esta guerra los trofeos,
á los soldado feriar
cuanto fuere de enviar.
D. LOPE. Con esos mismos deseos,
hice yo algunos empleos:
y esta sarta que he comprado
á un hombre que la ha ganado,
te ofrezco, por la mejor
joya para dar, señor.
D. JUAN. Buena es, y no es escusado
tomarla, por no escusar
lo que me habeis de pedir,
enseñaos á recibir,
pues vos me enseñais á dar.
D. LOPE El precio es mas singular,
que os sirvais de ella, y de mí.

ESCENA XII.

DICHOS, D. ALVARO *y* ALCUZCUZ, *salen de soldados.*

ALVARO. Hoy Alcuzcuz, solo á tí
quiero en la empresa que sigo
por compañero y amigo.
ALCUZ. Muy bien te fiar de mí,

aunque tu esfuerzo no sé
qué ser lo que acá procura:
mas quedo que este es su altura.

ALVARO. Aqueste D. Juan?

ALCUZ. Si á fé.

ALVARO. Con atencion le veré,
por su fama y su opinion.

D. JUAN. Qué iguales las perlas son!

ALVARO. Y ya, aunque yo no quisiera
con atencion verle, fuera
precisa en mí la atencion.
Aquella sarta, hay de mí!
que en su mano ay, alma! vés,
bien la he conocido, y es
la que yo á Maleca dí.

D. JUAN Vamos D. Lope de aquí:
que admirado este soldado
de mirarme se ha quedado!

D. LOPE. Pues quien, señor, no se admira,
cada vez que el rostro os mira? (*Vanse*)

ALVARO. Suspenso y mudo he quedado.

ALCUZ. Ya, señor, que solo estás,
porque has bajado, decir,
de la Alpojarra, y venir
aquí?

ALVARO. Presto lo sabrás.

ALCUZ. Mé no querer saber mas
de que hasta aquí haber venido,
para ser arrepentido
de seguirte.

ALVARO. Pues por qué.

ALCUZ. Escuchar, é lo diré:
mé, sonior, cativo he sido
de un crestianilio soldado,
que si en el campo me vér,
matar.

ALVARO. Cómo puede ser,
si vienes tan disfrazado,
conocerte? y pues mudado
el traje los dos traemos,
pasar entre ellos podemos,
sin sospecha averiguada,

por cristianos, pues en nada
ya moriscos parecemos.

ALCUZ. Tú que bien el lengua hablar;
tú que cativo no ser;
tú que español parecer,
seguro poder pasar:
mé, que no sé pernunciar;
mé, que preso haber estado;
mé, que este traje no he usado,
cómo escosar el castigo?

ALVARO. Hablando solo conmigo,
pues en fin, en un criado
ninguno reparará.

ALCUZ. E si alguien quiere saber
de mí algo?

ALVARO. No responder.

ALCUZ. Quien no responder podrá?

ALVARO. Quien mire cuanto le vá.

ALCUZ. Mahoma solamente pudo
hacerme por fuerza mudo,
siendo tan grande hablador.

ALVARO. Necios estremos de amor,
no dudo, ay de mí! no dudo
que acuseis mi atrevimiento,
pues idólatra gentil
de un sol puesto, en treinta mil
un soldado hallar intento,
á quien sigo por el viento,
pues ni señas, ni razon
traigo dél; mas confusion
por admiracion me dás,
qué importa un prodigio mas,
adonde tantos lo son?
Bien sé bien, que no es posible
hallar mi venganza, no;
mas qué hiciera yo, si yo
no intentára lo imposible?
pero aunque bien infalible
ví la primer seña, en vano
la creo, porque está llano
que es quien es, y es cosa clara
que un noble no ensangrentára

en una mujer la mano.
Porque valor no asegura,
porque no arguye nobleza,
quien no admira una belleza,
quien no adora una hermosura,
que en sí misma esté segura:
luego no es suyo el rigor,
mienten sus señas, amor,
tus indicios han mentido,
que otro ha sido, que otro ha sido
el vil, el fiero, el traidor.

ALCUZ. Ser eso á que haber venido?
ALVARO. Sí.
ALCUZ. Pues presto nos volver,
porque cómo puede ser
sin haberle conocido
hallarle?
ALVARO. Cuando el efecto
no alcance, me lo prometo.
ALCUZ. Esas el cartas serán
de en la corte á mi hijo Juan,
que andar vestido de prieto.
ALVARO. A ti no te toca mas.
ALCUZ. Ya saber que hablar por señas
en alguien viniendo
ALVARO. Sí.
ALCUZ. Ponga Alá tiento en mi lengua.

ESCENA XI.

DICHOS *y* SOLDADOS.

SOL. 1.º La ganancia está partida
bien así, pues el que juega,
aunque vaya por dos, siempre
algo de ribete lleva.
SOLD. 2.º Por qué no ha de ser igual
la ganancia, si lo fuera
la pérdida?
UNO 4.º Eso sí que es justo.
OTRO. 3.º Mirad, yo nunca quisiera

tener con mis camaradas,
por intereses, pendencias:
haya solamente un hombre
que diga que es razon esa,
y yo no hablaré palabra.

Uno. 4.° Mas que lo dice cualquiera:
há soldado?

Alcuz. A me decir,
é no responder, paciencia.

Uno. 3.° No respondeis?

Alcuz. Ha, ha, ha.

Otro. 4.° Mudo es.

Alcuz. Si bien lo supieran.

Alvaro. Este ha de echarme á perder,
si yo no salgo á la enmienda,
divertirlo importa: hidalgos,
perdonad por vida vuestra,
si no entiende ese criado
lo que le mandais, pues muestra
bien que es mudo.

Alcuz. No ser mudo,
mas ser en ocasion esta
pique, repique, y capote,
pues que no tiene respuesta.

Uno. 3.° Lo que decirle queria,
ha sido suerte que pueda
mejorarse en vos, que es duda.

Alvaro. Yo holgára satisfacerla.

Uno. 1.° Yo he ganado por los dos
entre el dinero una prenda,
que es este cupido...

Alvaro. Ay triste!

Sold. 4.° De diamantes.

Alvaro. Ay Maleca!
las joyas son de tus bodas, (*Ap.*)
despojos de tus exequias:
cómo he de vengarla, cómo,
si van tomando las señas
los estremos, pues alcanza
desde un soldado á una alteza?

Sold. 1.° Al partir, pues, la ganancia,
le doy el cupido en cuenta,

en lo que yo le gané;
dice que él no quiere prendas:
mirad si habiendo ganado
yo, no es justo que prefiera
en la particion.

ALVARO. Yo quiero
componer la diferencia,
ya que he llegado á ocasion,
dando el dinero por ella
en que estuviere jugada:
pero con una advertencia,
que he de saber yo primero
quien la trajo, porque sea
seguro.

OTRO 3.° Seguras son
todas cuantas hoy se juegan;
porque todo se ha ganado
en el saco de Galera
á esos perros.

ALVARO. Que yo, cielos,
tal escuche, y tal consienta!

ALCUZ. Qué me, ya que no matar,
no poderle hablar siquiera?

SOL. 3.° Yo os pondré con quien lo trajo,
que él me contó aqui por señas
que entre sus joyas quitado
la habia á una morisca bella,
á quien dió muerte.

ALVARO. Ay de mí!

SOL. 4.° Venid, de su boca mesma
lo oireis.

ALVARO. No oiré, que primero
como una vez quien es sepa,
le mataré á puñaladas.
Vamos.

DENTRO. Deténganse.

OTROS D. Afuera. (*Riñen dentro.*)

SOL. 1.° DEN. Tengo de darle la muerte,
aunque el mundo lo defienda.

SOL. 1.° Con nuestro enemigo es.

OTRO. 3.° Pues muera, muera amigo.

GAR. DEN. Si yo estoy solo, qué importa

que todos contra mí sean? (*Salen.*)

ALVARO. Tantos á uno, soldados,
es infamia y es bajeza:
deténganse, ó haré yo,
vive Dios, que se detengan.

ALCUZ. A bonas cosas venir,
á no hablar, é á ver pendencias.

SOL. 3.º Muerto soy. (*Sale D. Lope.*)

ESCENA XII.

DICHOS, D. LOPE *y* GARCES.

D. LOPE. Qué es esto?

UNO 3.º Muerto
está, huyamos, no nos prendan. (*Vase.*)

GARCES. La vida os debo, soldado,
yo, yo os pagaré la deuda. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DICHOS, *menos* GARCES.

D. LOPE. Deteneos.

ALVARO. Ya lo estoy.

D. LOPE. De los dos las armas vengan:
quitadle la espada.

ALVARO. Ay cielo!
Mire usiria y advierta,
que á poner paz la saqué,
sin ser mia la pendencia.

D. LOPE. Solo sé que á un hombre hais muerto.

ALVARO. Imposible es mi defensa:
á quién habrá sucedido
que á matar á un hombre venga,
y por darle vida á otro,
en tal peligro se vea?

D. LOPE. Y vos no dais esa espada?
bueno, hablador sois de señas?
pues yo os he visto otra vez

hablar, si bien se me acuerda;
en ese cuerpo de guardia,
presos aquestos dos tengan,
mientras sigo á los demas.

ALCUZ. Dos cosas me daban pena,
pendencia, é caliar, ya ser
tres, si bien hacer el cuenta,
una, dos, tres, si tres ser,
prision, caliar, é pendencia. *(Vanse.)*

ESCENA XIV.

D. JUAN DE AUSTRIA, D. LOPE.

D. JUAN. Qué ha sido aquesto, D. Lope?

D. LOPE. Fué, señor, una pendencia,
en que un bombre muerto ha habido.

D. JUAN. Pues si cosas como esas
no se castigan, habrá
cada dia mil tragedias;
mas usarse há con templanza
de la justicia.

ESCENA XV.

DICHOS, D. JUAN DE MENDOZA.

MENDOZ. Tu alteza
me dé sus piés.

D. JUAN. Qué hay, Mendoza?
qué responde Abenhumeya?

MENDOZ. Sorda trompeta de paz
toqué á la vista de Berja,
y muda bandera blanca
me respondió á la trompeta.
Entré con seguro dentro,
llegué al dosel, ó á la esfera
de Abenhumeya, bien dije,
si estaba con él la bella
Doña Isabel Tuzaní,
que hoy es Lidora y su reina.

A la usanza de su ley
en una almohada me sienta,
gozando de embajador
en todo la preeminencia,
ay amor, que néciamente (*Ap.*)
dormidos gustos despiertas!
y el de rey la autoridad;
dí tu embajada, y apenas
se divulgó, que hoy á todos
dabas perdon, cuando empiezan
por las plazas y las calles
á hacer alegrías y fiestas.
Pero Abenhumeya, hijo
del valor y la soberbia,
encendido en saña, viendo
cuanto alborota y altera
á sus gentes el perdon,
esto me dió por respuesta:
Yo soy rey de la Alpujarra,
y aunque es provincia pequeña
á mi valor, presto España
se verá á mis plantas puesta.
Si no quereis ver su muerte,
dile á D. Juan que se vuelva,
y si algun bahari morisco
gozar de ese indulto piensa,
llévatele tú contigo,
á que sirva en esa guerra
á Felipe, porque asi
haya ese mas á quien venza.
Con esto me despidió,
dejando ya en arma puesta
la Alpujarra, porque toda,
ya civiles bandos hecha,
unos España apellidan,
otros Africa vocean;
de suerte que su mayor
ruina, que su mayor guerra
hoy, parciales y divisos,
tienen dentro de sus puertas.

D. JUAN. Nunca tiene mas aumento,
mas duracion ni mas fuerza

un rey tirano, porque
los primeros que le alientan,
al principio, son al fin
los primeros que le dejan
quizá bañado en su sangre;
y pues hoy de esa manera
la Alpujarra está, antes que ellos
víboras humanas sean
que se dén muerte á sí mismos,
marche el campo todo á Berja,
y venzámoslos nosotros,
primero que ellos se venzan,
no hagamos suya la hazaña,
si hacerla podemos nuestra. (*Vanse.*)

ESCENA XVI.

D. ALVARO, ALCUZCUZ, *con las manos atadas.*

ALCUZ. El rato que estar aqui
solos los dos, é poder
hablar, quijera saber,
sonior Tozani, de tí
á qué esta tierra cruzar,
y de nuevo aqui venir,
si fué á matar ó á morir?
ALVARO. A morir, y no á matar.
ALCUZ. Quien poner paz en pendencia,
el peor parte ha llevado.
ALVARO. Como yo no era culpado
no me puse en resistencia;
que este corazon gentil,
mil, puesto en defensa, presto
me dejarán.
ALCUZ. Con todo esto,
yo me atener á los mil.
ALVARO. En fin, yo dejé de ver
al que infame se alabó
de que las joyas quitó,
dando muerte á una mujer?
ALCUZ. Pero vá á ser lo peor

que nos mandaran quizá
confesar: mas qué será
ver venir al confesor,
creyendo crestianos ser?

ALVARO. Ya que todo lo he perdido,
me he de vender bien vendido.

ALCUZ. Pues qué pensar ahora hacer?

ALVARO. Dar á esa posta la muerte.

ALCUZ. Con qué manos?

ALVARO. No podrás
con los dientes por detrás
romper ese lazo fuerte?
Con un puñal, que escondido
en la cinta me quedó,
que siempre debajo yo
de la ropilla he traido.

ALCUZ. Por detrás, y dientes, no
estar muy limpia la traza.

ALVARO. Llega, rompe, ú desenlaza
el cordel.

ALCUZ. Si haré.

ALVARO. Que yo (*Desátale.*)
veré si te ven.

ALCUZ. Ya estar,
romper tú el mio.

ALVARO. No puedo,
que entra gente.

ALCUZ. Asi me quedo
con cordel y sin hablar.

ESCENA XVII.

UN SOLDADO, *que hace la posta, y* GARCES *con prisiones.*

SOL. 1.º Aquel vuestro camarada,
y un criado suyo mudo,
que animoso sacar pudo
á vuestro lado la espada,
son los que veis.

GARCES. Aunque es fuerza
sentir que me hayan prendido

tantos como me han seguido,
en una parte me esfuerza
á no sentirlo el librar
á quien la vida me dió,
pues en su descargo yo
me tengo de declarar.
Vos á D. Juan mi señor
de Mendoza le decid,
como preso quedo aqui,
que merced me haga y favor
de verme, para que pida
mi vida al señor D. Juan,
pues mis servicios serán
los méritos de mi vida.

SOL. 1.º Yo le diré que aqui os vea,
en acabando de hacer
la posta.

ALVARO. Tú puedes ver,
como al descuido, quien sea
el que con la posta ha entrado
en la prision.

ALCUZ. Sí veré:
ay de mí! (*Repara en Garcés.*)

ALVARO. Qué tienes?

ALCUZ. Qué?
el haber aqui llegado...

ALVARO. Prosigue.

ALCUZ. Estar de horror lleno.

ALVARO. Habla.

ALCUZ. De temor no vivo.

ALVARO. Dí.

ALCUZ Ser de quien fuí cativo,
ser á quien corrí el voneno:
sin duda, saber que aqui
estar, mas por sí ó por no,
el cara guardaré yo,
para que no me vea asi.
(*Echase en tierra.*)

GARCES. Puesto que sin conoceros,
ni haberos servido en nada,
me dió vida vuestra espada,
bien creereis que siento el veros

de esa suerte; si pudiera
tener mi prision consuelo,
el libraros, vive el cielo,
solo mi consuelo fuera.

ALVARO. Guardeos Dios.

ALCUZ. Preso venir,
y el de la pendencia ser,
sí, que entonces no le ver,
con la prisa del reñir.

GARCES. En fin, hidalgo, no os dé
cuidado vuestra prision,
que yo por la obligacion
en que entonces os quedé,
la vida pondré primero,
que vos, siendo mia, pagueis
la culpa que no teneis.

ALVARO. De vuestro valor lo espero;
si bien, mi prision no ha sido
lo que mas siento, por Dios,
sino que perdí por vos
la ocasion que me ha traido
hasta aqui.

SOLDADO. Pues no teneis
que temer los dos morir,
que siempre he oido decir,
y aun vosotros lo sabeis,
que si de una muerte son
dos los cómplices, no habiendo
mas de una herida, y no siendo
caso pensado, ó traicion,
uno muera solamente,
y que este que muere sea
el de la cara mas fea.

ALCUZ. El que tal decir rebente.

SOLDADO. Y así, el tal mudo este dia,
de todos tres morirá.

ALCUZ. Claro estar, porque no habrá
cara peor que la mia
en el mundo.

GARCES. De vos creo
que aquesta merced me hareis,
ya que obligado me habeis.

Alcuz. Ley ser morir el mas feo?
Garces. Sepa á quien debo el vivir.
Alvaro. Yo no soy mas que un soldado,
que aventurero he llegado.
Alcuz. Ley el mas feo morir?
Alvaro. Solamente con deseo
de hallar á un hombre, esta ha sido
la ocasion que me ha traido.
Alcuz. Ley ser morir el mas feo?
Garces. Quizá yo os podré decir
dél; cómo se llama?
Alvaro. No
lo sé.
Garces. En que tercio llegó
á esta ocasion á servir!
Alvaro. No sé.
Garces. Qué señas tiene?
Alvaro. No sé.
Garces. Pues bien le hallaréis,
si su nombre no se sabeis,
ni señas, ni con quién viene.
Alvaro. Pues sin saberle las señas,
nombre, ni con quien está,
le he tenido hallado yá.
Garces. No son enigmas pequeñas
las vuestras, pero no os dé
cuidado, pues en sabiendo
su alteza este caso, entiendo
que me dé vida, porque
me tiene á mí obligacion
tan grande, que si no fuera
por mí, no entrára en Galera;
y esa perdida ocasion
hallar podremos los dos,
que de quien sois obligado,
he de estar á vuestro lado
al bien, y al mal, vive Dios.
Alvaro. En efecto, que vos fuisteis
el que entrasteis en Galera?
Garces. Plugiera á Dios, no lo fuera.
Alvaro. Por qué si esa hazaña hicisteis?
Garces. Porque desde que yo en ella

el primero puse el pié,
no sé qué influjo, no sé
qué hado, qué rigor, qué estrella
me persigue, que no ha habido
cosa, que á la suerte mia,
desde la hora aquella impía
mal no me haya sucedido.

ALVARO. De qué os nace ese recelo?

GARCES. No sé, sino es de que allí
muerte á una morisca dí,
y se ofendió todo el cielo,
porque su hermosura era
su traslado.

ALVARO. Tan hermosa
era?

GARCES. Sí.

ALVARO. Ay perdida esposa! (*Ap.*)
Cómo fué?

GARCES. Desta manera.
Hallándome yo de posta
entre unas espesas ramas,
que á los lutos de la noche
iban pisando las faldas,
prendí á un morisco: no quiero
que estas son cosas muy largas,
deciros que me engañó,
llevándome entre unas altas
peñas, adonde sus voces
convocaron la Alpujarra;
que huyendo dél, me escondí
en una gruta; pues basta
decir, que esta fué la mina,
que en una peña cavada,
mónstruo fué, que concibió
tanto fuego en sus entrañas:
yo fuí quien noticia della
traje al señor D. Juan de Austria,
y yo fuí quien al ingenio
la noche estuve de guardia;
yo quien de la batería
mantuve siempre la entrada
á la otra gente, y yo en fin,

quien por medio de las llamas
penetré la villa, siendo
su racional salamandra;
hasta que llegué, pasando
globos de fuego, á una casa
fuerte, que sin duda era
de la gente plaza de armas,
pues allí se avanzó toda.
Pero parece que os cansa
mi relacion, y que no
teneis gusto en escucharla.

ALVARO. No es sino que divertido
acá en mis penas estaba;
proseguid.

GARCES. Llegué, en efecto,
lleno de cólera, y rabia,
á la casa de Malec,
que era, en fin toda mi ansia,
al palacio, ó casa fuerte,
al tiempo que ya su alcázar
D. Lope de Figueroa,
lustre, y honor de su patria,
rendido tenia, y sitiado
del fuego por partes varias,
y muerto al alcaide, yo
que entre el aplauso buscaba
el provecho, aunque mal juntos
provecho, y honor se hallan:
ambiciosamente osado,
penetré todas las salas,
discurrí todas las piezas,
hasta que llegué á una cuadra
pequeña, último retrete
de la mas bella africana
que vieron jamás mis ojos:
ah quien supiera pintarla!
Mas no es tiempo de pinturas.
Confusa, al fin, y turbada
de verme, como si fueran
las cortinas de una cama
de una muralla cortinas,
detrás se esconde, y ampara.

Pero con llanto en los ojos,
y sin color en la cara
os habeis, quedado.

ÁLVARO. Son
memorias de mis desgracias,
muy parecidas á estas.

GARCES. Tened, tened confianza,
si es por la ocasion perdida;
quien no la busca la halla.

ALVARO. Decís verdad: proseguid.

GARCES. Entré tras ella, y estaba
tan alhajada de joyas,
tan guarnecida de galas,
que mas parecia que amante
prevenia, y esperaba
bodas, que exequias: yo viendo
tal belleza, quise darla
la vida, como al rescate
saliese fiadora el alma.
Apenas, pues, me atreví
á asirla una mano blanca,
cuando me dijo: cristiano,
si es mas ambicion, que fama
mi muerte, pues con la sangre
de una mujer, mas se mancha,
que se azicala el acero,
estas joyas satisfagan
tu hidrópica sed, y deja
limpio el lecho, la fé intacta
de un pecho, donde se encierran
misterios que aun él no alcanza.
Llgué á los brazos...

ALVARO. Espera,
escucha, detente, aguarda,
no llegues á ellos. Qué digo!
mis discursos me arrebatan
la voz, proseguid, que á mí
eso no me importa nada:
Plugiera á amor pues mas siento
ya el quererla, que el matarla.

GARCES. Dió voces en la defensa
de su vida, y de su fama.

Yo viendo que ya acudia
otra gente, y que ya estaba
perdida la una victoria,
no quise perderlas ambas,
ni que los otros soldados
conmigo á la parte entráran;
y asi, trocando el amor
entonces en la venganza,
que fácilmente el afecto,
de un estremo al atro pasa,
arrebatado, no sé
de qué furia, de qué saña,
que me movió el brazo entonces,
aun repetido es infamia,
ó por quitar una joya
de diamantes, y una sarta
de perlas, dejando todo
un cielo de nieve y grana,
la atravesé el pecho.

ALVARO. Fué
como esta la puñalada?
(*Saca un puñal, y hiérele.*)

GARCES. Ay de mí!

ALCUZ. Aquesto estar hecho.

ALVARO. Muere, traidor.

GARCES. Tú me matas?

ALVARO. D. Alvaro Tuzaní,
su esposo es el que te mata!

GARCES. Si me habias de dar muerte,
para qué vida me dabas?
Favor! favor!

ALCUZ. No le haber!

ESCENA XVIII.

DICHOS, MENDOZA.

MENDOZ. Qué es esto?

ALVARO. Suelta esa espada.
(*Se la quita al herido.*)
Señor D. Juan de Mendoza,

yo soy, si el verme os espanta,
Tuzani, á quien apellidan
el rayo de la Alpujarra:
á vengar vine la muerte
de una beldad soberana,
que no ama quien no venga
injurias de lo que ama.
Yo en otra prision á vos
os busqué, donde las armas
iguales los dos medimos
cuerpo á cuerpo y cara á cara.
Si en esta ocasion venís
á buscarme vos, bastaba
venir solo, pues que sois
quien sois, que eso solo basta.

MENDOZ. Con reputacion no puedo
guardaros yo las espaldas,
servicio es del rey mataros,
cuando en su ejército os hallan,
y asi he de ser el primero
que os mate.

ALVARO. No importa nada
que á mí el campo me cerreis,
que yo le haré á cuchilladas. (*Acuchíllanse.*)

ESCENA XIX.

DICHOS, D. JUAN DE AUSTRIA, D. LOPE *y* SOLDADOS.

ALVARO. Ya nada el morir me importa!

D. JUAN. Quién este alboroto causa?
D. Juan, qué es esto?

MENDOZ. Es, señor,
una cosa bien estraña,
es un morisco que viene
ardiendo en sed de venganza
á matar un hombre, que
dice que mató á su dama,
en el saco de Galèra,
y le ha muerto á puñaladas,

D. LOPE. Tu dama habia muerto?
ALVARO. Sí.
D. LOPE. Bien hiciste. Señor, manda
dejarle, que este delito
mas es digno de alabanza,
que de castigo, que tú
matáras á quien matára
á tu dama, vive Dios,
ó no fueras D. Juan de Austria.
MENDOZ. Mira que es el Tuzani,
y que será de importancia
prenderle.
D. JUAN. Date á prision.
ALVARO. Aunque tu valor lo manda,
no estoy de ese parecer,
y por tu respuesta basta
que la defensa que intento
sea volverte la espalda.
MENDOZ. Atrás!
ALVARO. Pues murió Maleca,
para qué es la vida!
(Se dirige á ellos espada en mano.)

ESCENA XX.

DICHOS, ISABEL *y* MORISCOS.

ISABEL. Aguarda,
Tuzani, señor!
ALVARO. Lidora!
ISABEL. Generoso D. Juan de Austria,
todo ese monte que vés
rebelde á tus esperanzas,
una mujer, si la escuchas,
viene á ponerle á tus plantas.
Mujer soy de Abenhumeya,
cuya muerte desdichada...
ALVARO. Murió!
ISABEL. Sí! al ver los moriscos
que general perdon dabas,
trataron rendirse, y á él

que su valor avivaba
dièronle muerte!

D. JUAN. Victoria!

ESCENA XXI.

DICHOS, CADI *y moriscos presos entre soldados cristianos.*

SOLDAD. Victoria!
(Cae un torreon y se vé toda Galera ardiendo.)

D. JUAN. Vé entre las llamas
acabar de consumirse
Galera.

ALVARO. Adios Alpujarra!

ISABEL. Goce de tu indulto el noble
Tuzani, que yo postrada
á tus piés, mas que el ser reina,
estimaré el ser tu esclava!

D. JUAN. Poco has pedido en albricias,
hermosa Isabel, levanta,
viva el Tuzani, quedando
la mas amorosa hazaña
del mundo, escrita en los bronces
del olvido y de la fama!

MENDOZ. D. Alvaro esta es mi mano.

ALVARO. Y esta es la mia, apretadla.
Y Adios, gigante de piedra,
túmulo de mis desgracias,
tu inmensa mole parece
que mi corazon aplana;
pues de la mujer que aun amo
los restos amantes guardas,
tú atestiguarás al mundo
la fé constante de un alma
que hasta despues de la muerte
quererla supo, y vengarla!

FIN.

ERRATA.

En la página 64, verso 24, que dice:

de la Alpojarra, y venir

Léase:

de aquella altura, y venir

TITULOS DE LAS OBRAS.	ACTOS.	AUTORES.	RS.
Escondido y la Tapada. (r)	3	Sres. Asquerino (D. Eduar.)	8
ltas juveniles. (a)	3	La Cueva.	8
a conjuracion femenina. (o)	1	Navarrete.	4
licios vehementes. (o)	1	Navarrete.	4
suplicio de Tántalo. (a)	1	Diaz Tezanos.	4
chal de cachemira. (a)	1	Diaz Tezanos.	4
renzo me llamo y Carbonero de Toledo. (r)	3	Asquerino (D. Eduar.)	8
nar despues de la muerte. (r)	3	Asquerino (D. Eduar.)	8
na mujer misteriosa. (o)	3	Navarrete.	8
uál es mayor perfeccion? (r)	4	Asquerino (D. Eduar.)	8
usto (o)	5	Asquerino (D. Eduar.)	8
einar despues de morir. (r)	3	Asquerino (D. Eduar.)	8
secreto agravio secreta venganza. (r)	3	Asquerino (D. Eduar.)	8
caballero feudal. (o)	3	Asquerino (D. Eus.)	8

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***librerias de Cuesta, Matute, Publicidad, Monier y Villaverde.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Serna.	*Murcia.*	Adrion.
Alcoy.	Martí é hijos.	*Motril.*	Ballesteros
Algeciras.	Muro.	*Mérida.*	Arauna.
Allicante.	Ibarra.	*Manzanares.*	Gomez Pardo.
Almeria.	Vergara y Compañia.	*Mondoñedo.*	Delgado.
		Medina del Campo.	Velayo.
Aranjuez.	Sainz.	*Orense.*	Ferrer.
Avila.	Gayoso.	*Oviedo.*	C. Fernandez.
Badajoz.	V. Carrillo.	*Osuna.*	Montero.
Barcelona.	Sauri.	*Palencia.*	Gutierrez é hijos.
Barcelona.	Oliva.		
Bilbao.	Astuy.	*Palma.*	Gelabert.
Burgos.	Hervias.	*Pamplona.*	Garcia.
Cáceres.	Valiente.	*Pontevedra.*	Cubeiro.
Cadiz.	Moraleda.	*Puerto de Santa Maria.*	Valderrama.
Córdoba.	L. de la Torre.		
Cuenca.	Mariana.	*Reus.*	Prins.
Castellon.	G. Otero.	*Ronda.*	Moreti.
Ciudad-Real.	Gonzalez.	*Sanlucar.*	Esper.
Coruña.	Perez.	*S. Fernando.*	Meneses.
Carmona.	Moreno.	*Sta. Cruz de Tenerife.*	Bonnet.
Cartagena.	Moreno.		
Chiclana.	Sanchez.	*Santander.*	Carabantes.
Ecija	Gimenez.	*Santiago.*	Sanchez y Rua.
Ferrol.	Tajonera.	*Soria.*	Rioja.
Gerona.	Viuda de Grases	*Segovia.*	Alejandro.
Gijon.	Ezcurdia.	*San Sebastian.*	Garralda.
Granada.	Zamora.	*Sevilla.*	Hidalgo.
Guadalajara.	Perez.	*Salamanca.*	Torres.
Haro.	Quintana.	*Tarragona.*	Puygrubi.
Huelva.	Osorno.	*Toro.*	Tejedor.
Huesca.	Guillen.	*Toledo.*	Hernandez.
Jaen.	Valero.	*Teruel.*	Castillo.
Jerez.	Bueno.	*Tuy.*	Martz. Gonzalez
Leon.	Viuda de Miñon	*Talavera.*	Bidarte.
Lérida.	Sol.	*Valencia.*	M. Garin.
Lugo.	Pujol y Masia.	*Valladolid.*	Bassó.
Lorca.	Delgado.	*Vitoria.*	Echavarría.
Logroño.	Verdejo.	*Vigo.*	Fernandez Dios.
Loja.	Cano	*Zamora.*	Pimentel.
Málaga.	Moya.	*Zaragoza.*	Gallifa y Coronas.
Málaga.	Casilasi.		